REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
EXACTAS, FISICAS Y NATURALES

DISCURSO INAUGURAL

DEL AÑO ACADEMICO 1990 - 1991

LEIDO EN LA SESION CELEBRADA EL DIA 17 DE OCTUBRE DE 1990

POR EL ACADEMICO NUMERARIO

EXCMO. SR. D. JOSE JAVIER ETAYO MIQUEO

SOBRE EL TEMA

DE COMO HABLAN LOS MATEMATICOS Y ALGUNOS OTROS

MADRID
DOMICILIO DE LA ACADEMIA
VALVERDE, 22 - TELEFONO 521 25 29

1 9 9 0

Depósito Legal: M. 28.144 - 1990

Realigraf, S. A. - Burgos, 12 - 28039 Madrid

DE COMO HABLAN LOS MATEMATICOS Y ALGUNOS OTROS

Excmo. Sr. Presidente

Excmos. Sres. Académicos

Señoras, señores

Dos ocasiones hay, por regla general, en nuestra actividad académica en que a cada uno de nosotros se nos llama para comparecer en esta tribuna. La primera es inexcusable: la ceremonia de nuestro ingreso, con el protocolario discurso de rúbrica; y la segunda la que, como hoy, nos señala, en el rotar de las secciones y de la antigüedad en ellas, para pronunciar la lección inaugural de un nuevo curso.

En el primer caso nos sentimos todos obligados a hacer honor a la confianza con que nuestros electores nos distinguieron y procuramos tratar con hondura un tema de nuestra especialidad al que incluso hayamos aportado algunos resultados. La consecuencia es que, siendo tan distintos nuestros campos de trabajo y tan concreto el argumento de nuestro discurso, a la mayoría nos resulta difícil, cuando no prácticamente imposible, la comprensión de lo que el nuevo compañero pone a nuestra consideración. No es que piense que esto sea indeseable, por más que no pocas veces es objeto de crítica: la colección de todos estos discursos contiene un estupendo material con el que juzgar el estado de nuestras ciencias a lo largo del tiempo y en la mente de cualificados especialistas y es y será archivo de obligada consulta en futuras indagaciones.

Pero la situación es distinta en celebraciones como ésta, en las que el orador no es ya el protagonista del acto: ni ha sido convocado exclusivamente para darle posesión ni el público asistente viene a acompañarle amistosamente en ese trance. El protagonista es ahora el nuevo

curso y quien, como yo, toma la palabra, lo hace sólo para abrirle la puerta y darle paso. Me parece por ello que tal introductor se ha de ver forzosamente liberado de la presión de pretender justificar su presencia aquí para hallarse ante una amplia gama de posibilidades en la elección del tema, su tratamiento, generalidad, nivel, etc. Y esto le permitirá, por tanto, buscar cuestiones de interés común sin tener que ceñirse a su propio terreno, bien que tratando siempre las cosas desde su particular postura científica.

Estas reflexiones me hacía al comenzar a buscar el motivo al que pudiera yo dedicar mis palabras y las abonaba el recorrido por los discursos de apertura pronunciados en los años anteriores, singularmente los últimos de mis compañeros de la Sección de Exactas, que supieron encontrar asuntos tan interesantes para todos y exponerlos con tal claridad y belleza, cosa tanto más notable cuanto que nuestra ciencia se halla seguramente considerada como la más hermética: "Las matemáticas están en el último lugar de la comunicación con el público en general", apunta J. Bernstein.

Tan largo exordio no tiene más finalidad que la de explicar, prevenir a Vds. y pedirles ya excusas por lo que a continuación van a oir. Es verdad que la cuestión no nos es ajena y me ha venido incluso sugerida por una de mis actividades en esta Casa, concretamente como miembro de la Comisión de Terminología Científica. Creo también que podría ser interesante analizar cómo los matemáticos "contamos" nuestra ciencia y ver igualmente qué relación existe entre estos modos y los de otros grupos culturales. A cuantos me oigan o lean se les ocurrirá añadir nuevas razones y ejemplos distintos de los que yo aporto y hasta podría haberse elaborado con estos y otros materiales un interesante y profundo ensayo si todo ello hubiera caído en buenas manos. Pero, ¡ay!, en las mías pecadoras no va a pasar de tener un tratamiento superficial y ligero, en ocasiones vulgar y hasta desenfadado e insustancial, que no querría que se tomase como chabacano e incorrecto, aunque sólo fuese por el respeto que debo a este protocolo y que jamás osaría menoscabar.

No faltan, es verdad, precedentes egregios en los que el autor, impotente a su juicio de atacar el problema en el elevado nivel que entendería pertinente, se desliza, no obstante sin desdoro, por vías más simples y humildes. Déjenme que les recuerde, sin establecer una comparación que resultaría grotesca, a aquel modesto curita - "Gonzalo fue so nonme" - que no se sentía suficientemente letrado para versificar en latín, el idioma culto, casi obligado en su tiempo, y allá en su "portaleio" del Monasterio de Suso se lanzó a "romanzar su dictado", acomodándolo al habla vulgar de su pueblo.

Séale concedida por ello, además de aquella gloria que piadosamente invocaba,

> "... *ponga en él su gracia Dios Nuestro Señor,*
> *que vea la su gloria en el Reino maior*",

también la humana gloria de haber desbrozado los primeros senderos de la poesía castellana. Y traspáseme a mí, por mi burda imitación, aquel desde entonces famoso "vaso de bon vino" que pedía como único estipendio y que, por provenir de tal mano, a buen seguro habrá de ser de Rioja.

I. MATHEMATICORUM LOCUTIO

> León, como buen matemático, se había planteado el siguiente problema: "Dada una chica de quince años y medio de edad, con 8.000 francos de renta y amenazada con la herencia de la señorita Sambucco, es decir, 200.000 francos de capital, hacer una fortuna , por lo menos igual a la suya, en un lapso de tiempo tal que le permita hacerla su mujer sin que llegue a ser solterona".
>
> **E. About:** *El hombre de la oreja rota,* Col. Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1968.

Tenemos los matemáticos, efectivamente, un modo peculiar de expresarnos al hablar de nuestra ciencia, ni más ni menos que otros grupos humanos dedicados a una determinada actividad cuando tratan de exponerla y comentarla. Esta especie de "estilo" con que nos comunicamos va a ser el objeto de mis pobres reflexiones. Es lo que podría llamarse el "habla matemática". Declaro, pues, desde ahora que no se trata del lenguaje matemático o de la matemática como lenguaje, con su particular gramática y su preceptiva, que puede ir desde una sintaxis, bajo el dictamen de la lógica, a unas metáforas, como la bien conocida de la geometría analítica que ya Puig Adam señaló. Y en correspondencia, también la poesía, a decir de Ortega, es el "álgebra superior de las metáforas".

Tampoco me refiero propiamente al estilo literario de los autores ya que, aunque alguien pueda sorprenderse, éste difiere mucho de unos a otros y hay exposiciones de verdad elegantes al lado de otras difícilmente soportables. Yo recuerdo qué agradable me resultaba en mis tiempos de aprendiz - aprendiz primerizo, porque aprendices somos siempre - la lectura de algunas memorias de Zariski, a pesar de que la materia, geometría algebraica, no parece prestarse demasiado a la amenidad; y cómo luego me frotaba los ojos al aparecer su libro *Commutative algebra,* porque lo encontraba, y no sólo yo, inesperadamente aburrido: así que las malas lenguas lo achacábamos a la colaboración de P. Samuel.

Probablemente hay unas notas comunes a todos los matemáticos en lo que toca a su estilo literario y no se suelen citar con elogio. M. Kline en su libro *El fracaso de la matemática moderna* alude a lo pobremente escritos que están los textos, aunque refiriéndose a los de nivel medio. "La escritura de los matemáticos profesionales - dice - tiene un estilo propio. Es sucinta, monótona, simbólica y dispersa. La preocupación principal es la corrección. Pero los buenos textos deben tener un estilo vivo, atraer el interés, decir a los estudiantes dónde van y por qué. El escribir es un arte y los matemáticos no lo cultivan".

Esto es discutible y, desde luego, discutido. Es verdad que la matemática tiene un lenguaje técnico del que es muy difícil prescindir sin que pierda la ya escasa capacidad de comunicación que posee. En una revista dedicada a estos temas, *Comunicación,* leía una vez que cuando un determinado grupo adquiere un lenguaje jamás debe abdicar de él porque al utilizar otro, en la medida en que ésa no es su propia habla, se transforma en un vehículo imposibilitador de la comunicación. Es lo que ocurre cuando se intenta comunicar con un niño imitando neciamente su lenguaje, en lugar de hablarle desde nuestra posición de adulto. Y esto vale - decía explícitamente - para cualesquiera otros grupos, desde la "gauche divine" a los matemáticos.

Cualquier matemático, en efecto - y tampoco hace falta serlo, para ello -, podría explicar en ese idioma la fórmula

$$\lim_{n\to\infty}\left(1+\frac{1}{n}\right)^n$$

que define el número *e,* pero a todos asombraría la siguiente explicación, que también es de un matemático, Rey y Heredia, y cuya referencia debo a mi buen amigo Rafael R. Vidal. Dice que el número *e* es la "potencia infinita obtenida por la evolución infinita de la unidad estéril, fecundada por la adición de un elemento infinitesimal". Evidentemente no es este el estilo de los matemáticos y, como apuntábamos antes, se entiende peor que cuando se

usa el habla típica de nuestras exposiciones; al menos en ella puede entenderlo alguien pero en esta versión barroca y extraña, ¿quién reconocería el número *e*?. Y no digo nada si continuamos esa disertación diciendo que tal número "expresa el máximo desarrollo a que puede aspirar la unidad con el minimum de actitud evolutiva, con una evolubilidad cuantitativa infinitamente pequeña. Aunque encerrado en el abismo infinitesimal que media entre los números dos y tres, en los primeros grados de la escala natural numérica, sin que fuera posible adivinar a priori que en este punto singularísimo había de parar la evolución infinita del binomio radical $1 + \frac{1}{\infty}$, el cálculo revela su existencia, dando al propio tiempo una prueba patente de cuanto se mezcla la noción del infinito en las someras aplicaciones acerca de la cantidad". ¡A ver, lógico!, que diría un castizo.

Volviendo a la crítica, yo creo que sí hay matemáticos que cultivan el arte de escribir, aun para hablar de matemáticas. Para Menéndez Pelayo, el libro de Pérez de Moya *Arithmética práctica y speculativa* (1562) "puede pasar todavía como texto de lengua, y dar a nuestros tratadistas más de una lección de aquella lúcida amenidad que hasta en las matemáticas cabe". También de Poincaré se decía en su tiempo que era el mejor prosista de Francia y entre nosotros es obligado recordar a Rey Pastor, "rigurosamente científico y rigurosamente humorístico", dice incluso *La Codorniz.* (Era el comentario a un libro, por lo visto muy entretenido, de no sé qué autor, y añade todavía: "Claro que no resulta igualmente fácil ser ameno cuando se escribe sobre el logaritmo neperiano o sobre las metástasis difusas en las hepatogastrias, que al realizar un estudio sobre la magia, el ilusionismo y sus secretos. Sin embargo yo recuerdo que las tablas logarítmicas de Vázquez Queipo tienen un prólogo muy largo, un gran ensayo, graciosísimo". ¡Bueno, pues tampoco hay que pasarse!. Yo les juro que más de una vez he intentado solazarme con ese prólogo tan curioso e hilarante y, la verdad, por ningún lado he encontrado la prometida gracia).

Hay que separar, pues, el estilo literario del autor del estilo matemático, ese estilo lleno de fórmulas, modismos, latiguillos, "dado ...", "sea ...", "como queríamos demostrar", ... , muletillas todas muy conocidas y hasta parodiadas, pequeño "género literario" en el que sabemos movernos todos con fluidez. A él deseaba dedicar este discurso: a exponer algunas reflexiones sobre las razones y los problemas de esta habla particular, la de las matemáticas. Reflexiones que se gestaron en las numerosas sesiones que la Comisión de Terminología celebró y celebra para elaborar nuestro *Vocabulario científico y técnico,* por lo que me van a permitir que parta de ellas para dar entrada a este discurrir sencillo y bastante trivial.

Las fichas del Vocabulario

Los encargados de redactarlas y discutirlas nos proponíamos, naturalmente, lograr unas buenas definiciones; y una definición no es más que la designación de un objeto o de un concepto. En la definición deben aparecer aquellas propiedades que, en su conjunto, convienen al objeto definido y sólo a él. Esto puede lograrse en muchas ocasiones por simple descripción, si se trata de un objeto material. Raramente ocurre así en el caso de los objetos matemáticos que son casi siempre, o siempre, entidades abstractas, no descriptibles, y, por lo tanto, ha de ponerse el acento en el cumplimiento de aquellas propiedades, también abstractas, que los señalan unívocamente.

Lo cual coloca a los matemáticos en una postura muy exigente cuando juzgamos una definición, aun cuando sea descriptiva, si entendemos que puede referirse también a otra cosa, independientemente de si esto vaya a ocurrirle o no al posible lector. Por eso, cuando tras las discusiones de rigor, si a fuerza de imponer condiciones llegaba a redactar una alternativa a alguna definición de mis compañeros, no faltaba quien me dijera: "Sí, ahora te ha quedado muy bien pero ya no hay quien lo entienda". Lo tremendo es que, a diferencia de los demás, un matemático sólo entiende lo que está escrito precisamente así: "ostinato rigore", apostillaría Leonardo.

Parece, pues, que la cosa se ventila entre la exactitud de una definición y su facilidad para entenderla. Por fortuna, en la mayor parte de los casos se logran ambos fines y, a lo más, queda sólo por hacer alguna corrección de estilo. Algunas veces, y casi siempre en definiciones matemáticas, la enunciación correcta acumula tal cantidad de condiciones complicadas que forzosamente ha de resultar ardua; tampoco habría quizá demasiado inconveniente en sustituir algunas de ellas por una vaga alusión, suficiente para dar una idea del concepto sin perder lo esencial: el que desee mayor precisión deberá acudir a un texto, cosa que no es, naturalmente, el Vocabulario. Si, por ejemplo, al definir la serie de Fourier se hace inexcusable el uso de las fórmulas, ya de por sí bastante penoso, bien podemos evitar la enumeración de todas las condiciones que debe cumplir la función representada por ella, diciendo simplemente: "cuando esa función cumple ciertos tipos de condiciones bastante generales". Pienso que no haría falta especificar más para el profano en el tema.

Pero hay un no pequeño número de palabras en que la pugna entre corrección y facilidad se manifiesta descarnadamente y se hace preciso elegir. Lo que importa, se piensa por un lado, es que lo entienda el no especialista en la materia, ya que el que lo sea no necesita acudir a un libro como éste; pero,

por otra parte, este diccionario es científico y, por tanto, no debe caer en presentaciones que desdigan esta cualidad. Voy a poner un ejemplo sencillo:

El Diccionario de la Lengua define la palabra *concoide* así: "Curva que en su prolongación se aproxima constantemente a una recta sin tocarla nunca". Ciertamente es una pequeña descripción, da una vaga idea, totalmente imprecisa, de cómo es esa curva, y acaso sea esto suficiente, aunque creo que no, para quien haya encontrado la palabra en alguna de sus lecturas y quiera sólo saber a qué se refiere. Pero, desde el punto de vista científico, ¿cómo vamos a aceptar que toda curva con una asíntota sea una concoide?. Como definición, más se parece a la que da un alumno del término *sismógrafo*: "Tiene un cabezal unido por unos alambres conectados al centro de recogimiento de intensidad". Sólo que esto aparece en una *Antología del disparate* de las que recopila Luis Díez Jiménez. Si hemos de decir bien qué es la concoide, tendremos que recurrir a una definición menos intuitiva, más pesada, pero también más certera. Podría ser: "Lugar de los extremos de un segmento de longitud dada y situado en una recta que gira alrededor de uno de sus puntos, de modo que el punto medio del segmento recorre una recta que no pasa por aquel centro de giro". Es más aparatosa, no se ve al pronto cómo es la curva, a no ser que se construya, siquiera por puntos, siguiendo la definición, pero, al menos, lo que ahí sale es la concoide y esto no ocurre con la otra definición. De ningún modo podemos prescindir de la corrección en aras de una facilidad que casi con seguridad nos arrastraría al error.

Este problema se va a presentar siempre que se trate de conceptos, aun matemáticos, de los que tenemos ya una idea previa y por tanto cabe pensar que una descripción, sin ser tan rigurosa, puede ser suficiente. Pero eso es lo que hizo Euclides cuando definió la recta, es decir, cuando no la definió. Pídase en cambio a un pobre matemático que defina la recta en el Vocabulario y el resultado hace mesarse las barbas a sus compañeros: cómo una cosa tan sencilla como una recta, que todo el mundo sabe lo que es, vamos a definirla de una forma tan complicada que nadie la entienda. La verdad es que, si todo el mundo sabe lo que es, la mejor definición sería: "recta es una línea bien conocida por todos". Y no es una *boutade,* porque en el fondo, y disimulándolo, eso es lo que hace Euclides. Y, para el que no sabe nada de rectas, la solución sería dibujar una y decir: "eso es una recta". Parodiando a la rosa de Juan Ramón: "no la toqueis más, que así es la recta". Si no nos gusta y queremos algo más científico, habrá que aguantarse con toda nuestra cohetería.

Esto nos va a pasar casi siempre que definamos algo que sea del dominio común: todos sabemos qué significa la palabra "tiempo" pero a ver quién es el bravo que la define correctamente, como decía poco más o menos San Agustín. Lo que ocurre es que hay algunas definiciones tradicionales que de tanto usarlas nos parecen sencillas y correctas cuando, en realidad, la disyuntiva se plantea entre sencillez y una falsa corrección o entre corrección y una falsa sencillez y elegimos lo que mejor nos va. Voy a poner un ejemplo de cada cosa.

Mis compañeros saben que me ha dado mucha guerra la palabra "magnitud"; y yo se la he dado a ellos, por consiguiente. La definición ya clásica de que es "toda propiedad susceptible de medida" parace fácil de entender, y lo es, y parece también correcta, lo que ya resulta más dudoso: basta preguntar después qué es medida para comprobar que hemos caído de cabeza en un círculo vicioso.Pero dar una definición matemáticamente correcta de la voz "magnitud", involucrando semicuerpos ordenados, etc., de modo que quede determinada con toda claridad, sería lo mismo que obligar a muchos a tirar el libro, porque ahora, pensarían, es cuando ya no se entiende nada. Es como si dijeran: tú dí a tu manera qué es un grupo, o un retículo, que en eso no me meto; pero lo que yo sé bien, eso no me lo embrolles.

Otro ejemplo, contrario del anterior: la definición de "metro"; si quieren Vds., cada una de sus sucesivas definiciones. Serán efectivamente correctas, ¿pero sencillas? Como son archirrepetidas y todos sabemos lo que es el metro, nos lo parecen, pero imagínense una persona que nunca ha oido hablar de él, que, según decimos, es la que lógicamente consultará el Vocabulario: díganme qué idea puede sacar de cuánto es un metro. Igual daría haber dicho, aunque con menor precisión: "una determinada longitud convencionalmente elegida y aceptada", y quedaría tan enterado como antes. Fíjense qué pasaría si dijéramos algo parecido a esto: "Longitud aproximada de cada una de las zancadas que da un árbitro de futbol para fijar la posición de la barrera de jugadores que intentan dificultar la ejecución de una falta". ¿Piensan en el horror de un físico al que hubiera querido colar esa definición?. O de un matemático, o de cualquier persona que sepa lo que es un metro. Pero, para el que no lo sepa, ¿no resulta mucho más clara que las demás, no le da una idea suficiente de su significado?.

Con todo esto no he querido sino darles a entender que la idea de "claridad" no es la misma para todos y pedirles por ello comprensión y hasta clemencia para los infelices matemáticos que tienen que decir con suficiente rigor qué son unas ciertas cosas bastante difíciles a veces de explicar.

La claridad como estilo.

Todo lo que el matemático intenta, en efecto, al hablar y al escribir, es transmitir unos determinados conocimientos y saberes y, por ello, su literatura está supeditada a que esa comunicación sea totalmente clara, es decir, que se le entienda, y en ello ha de poner todos sus recursos. Por supuesto que esto es igualmente válido para cualquier otra ciencia o disciplina: "La cortesía del legislador es la claridad", decía Ortega; y, en el otro extremo, retrata Rilke: "Era un poeta y odiaba la imprecisión". Pero en el caso de las matemáticas hay que predicarlo de un modo especial, pues siempre se dice que son difíciles de entender. Y así topamos con ese dualismo claridad-sencillez que habrá que analizar con cuidado.

Todos nos apuntaríamos, naturalmente, a cumplir los dos requisitos. El máximo exponente de este deseo es nuestro Rey que en la Pascua Militar de 1984 decía así a los Altos Mandos de las Fuerzas Armadas: "En esta fecha quisiera hablaros, una vez más, con claridad y sencillez, porque ese es el lenguaje de la verdad".

¿Y es que son distintas la claridad y la sencillez?. Cuando nos explican algo de un modo que nos hace fácil su comprensión, decimos que esa explicación es muy clara. Según recuerda E. d'Ors en su *Flos Sophorum,* eso debió de pensar Tolomeo cuando encargó a Euclides un texto que le permitiese acceder a un conocimiento claro de la geometría; al recibir el Faraón los *Elementos* preguntó sorprendido si no había un método más sencillo: "En geometría no hay caminos reales", dice la conocida anécdota que respondió Euclides; y apostilla Xenius que, en efecto, no hay que confundir claridad con sencillez o facilidad.

¿Qué es, pues, la claridad?. Es lo que nos permite saber inequívocamente de qué se está hablando, qué se pretende decir, a qué cosa nos estamos refiriendo. No ahorraremos palabras si la supresión de alguna de ellas puede llevar a confusión. En el libro de Zariski y Samuel que antes mencioné se pone como entradilla una cita de G. Courteline:

"*Le juge: Accusé, vous tâcherez d'être bref.*

L'accusé: Je tâcherai d'être clair."

Tampoco, por otra parte, nos extenderemos repitiendo conceptos equivalentes y acumulando frases y más frases que no hacen más que producir un amasijo oscuro y ambiguo. "Más obran quintas esencias que fárragos", dice Gracián; y el Fuero Nuevo recoge uno de aquellos principios generales del Derecho navarro que prescribe para las leyes: " ... que no las escriban mucho ni difícil".

Seguro que esto lo suscribiría con gusto mi viejo amigo S.Martín-Retortillo que en un incisivo artículo manifiesta esta preocupación por el estilo de nuestras leyes: "Necesidad de claridad y pulcritud. Algo que realmente se descuida en exceso ... Para el legislador, es imposición ineludible para que las leyes, antes que nada, se entiendan. Claridad y justeza que, a la postre, evitan también no pocos conflictos a los que inequívocamente conduce la ambigüedad y el confusionismo". Y justifica su inquietud con unos incomprensibles párrafos de un proyecto de ley. (Claro que tampoco tiene desperdicio, a pesar de ser breve, esto que en una entrevista le dice R. Calvo Ortega a P. Calvo Hernando: "Es una ley más corta y más sencilla, pero más difícil").

Así, nuestro matemático - y pienso que cualquier científico y, más aún, cualquier maestro -, puesto a elegir entre la claridad y la sencillez, si las dos no son posibles conjuntamente, se va a decantar por la claridad. Claridad es aquí univocidad, rigor, precisión, exactitud, corrección; no necesariamente facilidad, elegancia o belleza literaria. Bien venidas si además aparecen pero esto ni ocurre siempre ni, desde luego, ocurre a todos. Que ya avisa J. de Lille: "El arte de ser exacto es el arte de ser enojoso".

Y será bueno señalar que también algunos cultivadores de las letras se pronuncian en este sentido. ¿Qué es, si no, lo que de sí mismo dice Baroja?: "Para mí, el ideal en el estilo no era el casticismo, ni el adorno, ni la elocuencia; lo era, en cambio, la claridad, la rapidez. Lo que se necesita es exactitud y claridad; después, si se puede, elegancia, pero lo primero es exactitud". Podría tomarse, sin más, como el lema del estilo matemático. Citemos todavía a R.L. Stevenson: "Cuando tengais algo que decir, decidlo lo más claramente que podais. Este es el único secreto del estilo".

Es por otra parte, una vez más, la definición del lenguaje científico, "en el cual la única elegancia permitida es la claridad". Lo dice Marañón en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua y nos lo recordaba nuestro compañero García Barreno en la conmemoración de su centenario. Completaré la referencia: "Lenguaje de periodos breves, de expresiones

exactas, de adjetivos estrictos y oportunos, de ausencia de metáforas, salvo las explicativas, y de continuo sacrificio, ante la nitidez de la expresión, de todas las convenciones retóricas, entre ellas la repetición - de palabras, de conceptos - sin la cual no se puede enseñar (...) en ese sentido didáctico me atrevo a repetir que Feijóo es el creador, en castellano, del lenguaje científico".

¡Oh, cómo se esponja, al verse comprendida, el alma del matemático!.

Elogio de la repetición ...

Si hemos de renunciar a la elegancia en beneficio de la claridad, nos veremos precisados - y así lo reconoce la cita última - a caer en lo que se considera un tremendo defecto literario, que es la repetición de una misma palabra; en cambio parecería que, por afán de contradicción, no deberemos dejarnos seducir por lo que a veces se toma como signo de elegancia y de riqueza de lenguaje: la exposición sucesiva, en frases diferentes, de una misma idea. Comencemos por las palabras.

He aquí una permanente preocupación en la confección de nuestras fichas. Queda feo que una palabra se repita varias veces en una definición, y la verdad es que hacemos grandes esfuerzos por adecentarla y lo conseguimos con frecuencia. No siempre es posible y, en matemáticas, resulta en general muy difícil: suprimir una palabra o sustituirla por un pronombre puede hacer confusa la idea de lo que se pretende decir.

De mis tiempos de estudiante recuerdo una definición que puede parecer un trabalenguas: "Dos figuras de primera categoría y segundo orden se llaman proyectivas entre sí cuando son perspectivas con dos figuras de primera categoría y primer orden proyectivas entre sí, cuyas bases son elementos de las respectivas figuras de primera categoría y segundo orden". Es verdad que podría decirse más elegantemente, con menos repeticiones, en una exposición literaria en que no haya que precisar demasiado o baste con expresar la idea; Rey Pastor, por ejemplo, decía así en una de estas ocasiones: "Dos figuras de segundo orden son proyectivas cuando lo sean las de primer orden perspectivas con ellas". Lo cual queda muy bien una vez entendida la otra, pero ¿bastaría para una definición que ha de hacerse operativa?. ¿Quedaría suficientemente aclarada sin decir, por ejemplo, de dónde salen y cuáles son esas figuras de primer orden a que se alude sin previa presentación?.Si literariamente elegiríamos la segunda definición,

didácticamente yo me apunto a la primera, aun cuando no consiguiera la flor natural en un certamen poético.

Tampoco sería un caso único: R. Graves, al hablar en *Yo, Claudio* del estilo literario de Augusto, lo sitúa en posición muy cercana, "porque - dice - sacrificaba la elegancia a la claridad, por ejemplo repitiendo una misma palabra, cuando se presentaba a menudo en un pasaje, en lugar de buscar un sinónimo o perífrasis (que es la práctica literaria común). Y tiene tendencia a rodear sus verbos de un exceso de preposiciones". De las preposiciones hablaremos más adelante; ahora voy a dedicarme a los sinónimos.

Dice F. Díaz-Plaja en *El País,* hablando de Nápoles: "esa ciudad que los escritores llaman a la segunda referencia 'la del Vesubio', por el pudor español de no repetir nombres". Nada más cierto. Yo recuerdo haber escuchado un discurso en el que había que citar varias veces, y muy próximas, a santo Tomás de Aquino, y hay que ver las filigranas que hizo el orador para no repetirse: santo Tomás, nuestro Patrono, el Aquinate, el Angel de las Escuelas, el Doctor Angélico, ... ¿Se imaginan Vds. algo parecido en una página de matemáticas donde hubiera que referirse repetidas veces, pongo por caso, a Cauchy?.

Y es que además da fatiga presumir el esfuerzo que a veces deben de hacer los autores para evitar tales repeticiones. Como en una breve noticia periodística, uno de cuyos párrafos - que resumo - dice así: "Al inicio de la tarde de *dicho* día ... sufrió un ataque ... en el vestíbulo del *citado* edificio, hiriendo al *referido* funcionario ... que fue intervenido al anochecer del *mencionado* día". O la siguiente relación que tomo de una revista, señalando, como antes, las palabras alternativas: " ... estudios como los de Vila Selma *sobre* el pensamiento de Quintana, de H. Juretschke *acerca de* Alberto Lista y A. Campany, de Jesús Pabón *en punto a* la ideología del 'miguelismo' lusitano, de Murillo Ferrol y A. d'Ors *a propósito del* 'Manifiesto de los Persas', de D. Sevilla Andrés *respecto a* la constitución gaditana, de C. Corona Baratech *atañentes a* los ideólogos del reinado de Carlos IV, de Martínez Albiach *referentes a* la religiosidad de la época, de Tierno Galván *relativos al* enfrentamiento de las posiciones ..." ¡Pues miren, aún le quedaba *concernientes* para haber metido algún autor más!.

(No se le ha escapado, en cambio, a Laín Entralgo, que escribe: "Tres puntualizaciones me parecen imprescindibles. Concierne la primera a la situación histórica del galenismo en el siglo XIII y a la del marxismo en el siglo XX. Refiérese la segunda al contenido religioso del marxismo; más precisamente, a la actitud del marxismo frente a la religión. Atañe la tercera a

las dos maneras básicas de la implantación del marxismo en la sociedad de nuestro tiempo". Ya decía *La Codorniz:* "Si el verano no se pudiese denominar también estío y canícula, los escritores sudaríamos el doble". Lo curioso es que el mismo innominado autor del anterior despliegue de palabras semejantes había escrito inmediatamente delante esto: "... la carencia *de* originalidad y antigüedad *de* la cosmovisión socio-política *de* los famosos doctrinarios *del* establishment *de* la última fase *del* Antiguo Régimen". Pero de esa retahila de "des" ya tendremos ocasión de hablar después.

Voy en cambio a insistir una vez más, porque es una cuestión que me resulta enfadosa, en esta rebusca que yo creo artificial y que hacemos seguramente todos para evitar repeticiones. En el corto espacio de un artículo periodístico de E. Miret Magdalena, titulado *El futuro está en nuestras manos,* se leen sucesivamente frases como éstas: "Y la agonía, como recordaba nuestro Unamuno, es lucha .../ el ser humano también es espíritu, como había dicho el cristianismo .../ Freud, equiparando psiquismo y espíritu, como le critica su discípulo .../ tiene un carácter positivo, según demuestran los psicoterapeutas .../Y nada digamos de la física actual que, según el profesor ... / era algo mucho más eficaz, como recuerda el doctor .../ como vislumbró hace siglos el poeta Píndaro ... / porque, como observaba con razón Saint-Exupéry .../ como señaló el gran pensador católico Cherterton .../ como la califica con arrojo el especialista ..." Pues bien, ¿para qué servirá esa variedad de palabras, recuerda, califica, observa, señala, ... si se está constantemente repitiendo como un ritornello "como ..." o "según ...", que afea de tal modo el texto?. Y aprovecho para criticar de paso estos escritos que consisten casi exclusivamente en una colección de citas de otros autores; claro que también a estas páginas mías podrá achacárseles el mismo defecto. Y cierro este ya tan largo paréntesis).

Más extraño todavía es molestarse en buscar equivalencias cuando la tradición permite la repetición. Todos Vds. saben que hay unas fórmulas consagradas para anunciar las corridas de toros: "a las ... en punto, con permiso de la autoridad y si el tiempo no lo impide", "6 hermosos toros, 6, de la acreditada ganadería ..." Fórmulas que podrían descender, dice F. López Izquierdo, de las que se usaban en los carteles que anunciaban los espectáculos de los anfiteatros y los torneos de gladiadores: "sine ulla dilatione", "qua dies permittat", etc. Bueno, pues al redactor del programa de los Sanfermines de 1923 le dio por romper con la costumbre y cada día se buscaba una variante de aquellas fórmulas. Y así, el día 7 de julio se lidiaban seis toros de la acreditada ganadería ... por los afamados diestros ...; el día 8, seis cornúpetos (sic) de la afamada ganadería ... por los aplaudidos espadas ...; al siguiente, cuatro toros de la antigua ganadería ... a cargo de los diestros ...;

el 10, seis morlacos de la renombrada ganadería ... por los afamados espadas ...; y, finalmente, el 11, seis bichos de la acreditada ganadería ... por los aplaudidos diestros ... Creo que sólo pasó ese año y no sería por tratarse del primero en que Hemingway visitó las fiestas, antes de convertirse en su agente publicitario, ya que ni eso se sabía entonces ni se le iba a dar gusto a él que, por cierto, se repite tanto.

No se molesten en pedir hazaña igual a un texto matemático: repetiremos las palabras que hagan falta cuantas veces haga falta, aunque no más si el texto está bien escrito. Pero es que tampoco creo que eso sea un delito y deberíamos desmitificar ese miedo a la repetición que se nos ha inculcado a los que no somos "del oficio". Porque los literatos bien que la utilizan y consiguen estupendos efectos.

Yo recuerdo una frase que me pareció un hallazgo cuando la leí en uno de los títulos de Ignacio Agustí sobre la familia Ríus: me parece que en el último. El nieto de Joaquín Ríus, que había hecho la guerra de alférez provisional, al ocupar la dirección de la empresa textil familiar empleó de chófer al que había sido su asistente. Como éste seguía llamándole "mi alférez", le reconvino amistosamente pidiéndole que le apease el tratamiento pues que la guerra había terminado y ya no estaban en el Ejército. Su respuesta la encuentro espléndida: "¡Pero un alférez es siempre un alférez, mi alférez!" No parece sino que aplica aquella observación de Stendhal: "Lo que distingue al gran maestro es el vigor del rasgo, el descuido de los detalles (...) Walter Scott repite la misma palabra tres veces en una frase, como Rossini las mismas notas de melodía, ejecutadas sucesivamente por el clarinete, el violín y el oboe."

A las veces es en poesía donde la repetición cadenciosa de una palabra o de sus derivadas es la que produce el efecto poético, como en aquella deliciosa seguidilla:

No me mires que miran
que nos miramos
y verán en tus ojos
que nos amamos.
No nos miremos
que cuando no nos miren
nos miraremos.

O bien el efecto es humorístico; o irónico, como el del político a quien preguntan por alguien elevado a un alto cargo: "Es un eminente jurista que ha desempeñado importantes cargos políticos. Aunque a mí me hubiera gustado que el eminente jurista fuera sólo eminente jurista". O cómico o sarcástico y valga como ejemplo, espigado entre muchos, éste de Alfonso Ussía: "Don Virgilio Zapatero ha salido al paso de los malos rumores y comentarios malintencionados respecto a la vejez de los dos Boeing 707 que el Estado ha adquirido para los viajes oficiales del Rey y el presidente del Gobierno. Don Virgilio nos ha tranquilizado. Bienamado sea el bálsamo de don Virgilio. A partir de ahora no me digan nada malo de don Virgilio porque puedo enfadarme, y mucho. Vale un potosí don Virgilio. Don Virgilio nos ha dicho ...".

Más aún: se busca a veces el efecto literario - pienso que será eso - en una repetición continuada de palabras que se convierte en un machaconeo implacable. Hay una obra de Salvador Elizondo cuyo título es ya por sí solo un desafío, *El Grafógrafo,* y comienza por un pequeño capítulo dedicado a Octavio Paz y que reproduce también Vargas Llosa como portadilla de *La tía Julia y el escribidor;* dice así: "Escribo. Escribo que escribo. Mentalmente me veo escribir que escribo y también puedo verme que escribo. Me recuerdo escribiendo ya y también viéndome que escribía. Y me veo recordando que me veo escribir y me recuerdo viéndome recordar que escribía y escribo viéndome escribir que recuerdo haberme visto escribir que me veía escribir que recordaba haberme visto escribir que escribía y que escribía que escribo que escribía. También puedo imaginarme escribiendo que ya había escrito que me imaginaría escribiendo que había escrito que me imaginaba escribiendo que me veo escribir que escribo."

¡Uf !, se le quitan a uno las ganas de escribir. Es un estilo que podríamos pensar que moriría con su inventor puesto que cualquier imitación resultaría evidente. Imitación o no, lo cierto es que prolifera este tipo de cosas. He aquí una que podría parecer un plagio: " ... lo asombroso, lo fenomenal, es que escribíamos que estábamos escribiendo que escribíamos". Lo escribe Félix de Azúa en una novela premiada, *Diario de un hombre humillado.* Dos muestras más no tan literales: "Salieron de una situación, saliendo. Pero hay algo mejor y es 'salir de una situación sin parecer que se sale saliendo, para estar salido sin salir, después de estar saliendo sin dar la sensación de haber salido'" (E. Romero, *Cartas pornopolíticas).* "Estoy desesperado de no estar desesperado. Pero podría también no estar desesperado a causa de estar desesperado por no estar desesperado". (L. Martín -Santos, *Tiempo de silencio).*

A mí, ¿qué quieren que les diga?: desde mi posición de profano, no acaba de gustarme, y aun me carga, prosa tan rebuscada y artificial. Pero déjenme recurrir a ella para pedir que nos permitan, por favor, a los matemáticos repetir cuantas veces nos sea preciso una o más palabras, que no es por hacer bonito, que muchas veces reconocemos su inelegancia, pero nos es indispensable para salvar lo único que puede definir nuestro estilo: la claridad, la precisión.

... y de la austeridad.

Reconocemos, pues, que cuando escribimos nuestras matemáticas no pretendemos hacer literatura ni menos poesía. Parece como si N. Luján aludiera a ello en su obra *Decidnos, ¿quién mató al conde?* al poner en boca de fray Hortensio Paravicino el siguiente juicio sobre la poesía de Villamediana: "Su estilo, puro y conciso, era algo que a mí me ha impresionado siempre. Es un estilo que habla por definición, por delicadísimas sentencias, cosa muy curiosa en un poeta amatorio." Por el contrario, esta concisión parece que es la que se nos debe pedir a nosotros.

Y se nos pide: "Broza y convencionalismo - me regañan los filólogos que tan eficaz y competentemente pulían nuestras papeletas del Vocabulario - típica de la lexicografía tradicional que, desde hace años, hemos tratado de evitar". Y todo porque, pobrecito de mí, había definido el término "operador" como aplicación o transformación, añadiendo después el, según ellos, inadmisible cliché de que "generalmente se utiliza cuando se aplica a funciones".

Todo nos empuja, pues, aun desde fuera, a la sequedad, a la austeridad en la forma; a la dialéctica y no a la retórica; a convencer con el razonamiento y no "con el encanto embaucador de las palabras"; a no jugar con ellas, "con imágenes, con reuniones inesperadas de palabras, con cadencias, con rupturas de ritmo" (G. Duby, *San Bernardo y el arte cisterciense)*. Como dice Abelardo a Eloísa en la carta VIII, aunque refiriéndose él a los objetos del culto: "que los ornamentos sean los suficientes; que no tengan nada superfluo; que sean apropiados, no preciosos".

Los matemáticos, por descontado, ya nos cuidamos de no escribir preciosidades. Ir a lo esencial, decirlo escuetamente y prescindir de florituras innecesarias sería nuestro estilo literario. Nunca deberemos caer en esa figura, tan cara por ejemplo a los políticos, de decir una misma cosa de dos o tres maneras diferentes. No tendría sentido en matemáticas una reiteración como la del libro de Zacarías: " ... cabalgando en un asno, en un pollino de

borrica". Ni lo que hace Fernández de la Mora en dos frases seguidas: "Aunque dicho escuetamente resulte paradójico, lo cierto es que ...", y a continuación: "Y aunque expresado sintéticamente aparezca contradictorio, la verdad es que ..." Un matemático, en fin, por excelente barítono que sea, no podría cantar en la pantomima de *Las golondrinas* aquello de

Colombina, Colombina bella,

oye mi cantar, escucha mi canción,

letra, por otra parte, escasamente afortunada para cantable de tan hermosa partitura.

Este dejar las cosas en sus justos límites, sin sobrepasarse, hace que algunas construcciones rechinen ingratamente en los oídos. Una de las ayudas de la Fundación "Juan March" se otorgó en cierta ocasión a un proyecto titulado: "Sobre álgebras de funciones analíticas o diferenciables que no sean necesariamente localmente multiplicativamente convexas". Feísimo, ciertamente, no tienen que convencerme; acaso es que no se pueda decir de otra manera.

Pero cosas de éstas no son exclusivas de los matemáticos. Dos ejemplos. Uno, que habla de problemas mejicanos: " ... en boca de bancos e inversionistas, en mano de columnistas, cabeza de estadistas y bocas de comentaristas". Y el otro, debido al P. Sobrino: "La iconosfera, cuantitativamente gigantesca, cotidianamente actuante, psicológicamente transformante, no se está utilizando en su valor cristianizante". Y es que en todas partes cuecen sufijos.

Veamos otro ejemplo, uno entre tantos, en el que la constricción del lenguaje obliga a apelotonar palabras iguales; lo escribo sustituyendo los símbolos y las fórmulas por letras para hacer su lectura menos penosa: "M es accesible si existe (A) tal que existen (B y B') tales que, para todo (C), existen (D y D') tales que, para todo (E), se tiene (F)". Un poco impresentable, ciertamente, a caballo entre la charada y el jeroglífico. Bueno, pero no más - y hasta resulta más inteligible - que, por ejemplo, este trozo debido a la pluma del P. Llanos, con la agravante de estar destinado a la prensa diaria y no, como el otro, a una publicación especializada: "Los otros para eso están, al fin de cuentas más o menos distantes estarán dados al mismo y satisfactorio jueguecito. El que por cierto, ahora con este lujo de información y el nuevo descaro de alto coturno en nuestros veraneos 1979 y tantos va de más y no puede omitirse si en algo se llega uno mismo a estimar y dar propiedad a los días del anual reposo".

En resumen, y por lo que toca a lo más substancial del estilo matemático, y antes de entrar en pequeñas particularidades más irrelevantes, creo poder sentar que la preocupación por la claridad le hace moverse entre las dos cotas apuntadas en estos dos últimos apartados: repetir las palabras cuantas veces sea necesario para que no haya duda sobre lo que se quiere decir y suprimir cualquier proliferación de imágenes que recubra la idea principal, la cual debe exponerse una sola vez.

Unas malas caricaturas de ambos extremos, tomadas de noticias periodísticas, podrían ser: "N. ha sido saludado por muchos jóvenes que se encuentran en el local. Además de jóvenes, la mayoría de las personas que celebran este acto son mayores", que equivale a una repetición innecesaria; y la siguiente, como falta de información y ruptura, por ello, de la cadena lógica: "Las tablas datan de 1701, si bien los ladrones las intentaron vender por 80.000 pesetas cada una". O aquella noticia: "N. estaba actualmente jubilado, aunque había tenido una pescadería", que nos recuerda el conocido gazapo: "Era de noche y sin embargo llovía".

Ambas posturas las expresaremos mejor en palabras de dos matemáticos. Por una parte, M. Fréchet: "Todo lo que se sobreentiende sin decirlo, queda mejor entendido si se dice". Y, en el otro sentido, del licenciado Pérez de Moya citado ya anteriormente: "Y si me habéis entendido no diré más acerca desto porque (como dicen) la prolijidad es madre de la confusión".

Preposiciones

Leo de nuevo a N. Luján: "El escritor (Flaubert) era un mártir de una causa: la impecabilidad de su estilo. Murió obseso por haber puesto tres preposiciones de genitivo seguidas: es un personaje de aquellos que el crítico Jules Lemaitre llamaba mártires sin fe".

¡Ah, la repetición sucesiva de la preposición *de*!. Ya hemos aludido antes a ella. Con su habitual gracia e ingenio le hace Lázaro Carreter poco menos que responsable del fracaso de una famosa Opa entre bancos, por haberla anunciado en una corta nota plagada de infracciones idiomáticas: "Reza así su comienzo: 'El Banco de Bilbao se ha dirigido al Banco Español de Crédito para el inicio de conversaciones de cara a la realización de un proyecto de integración de ambas antidades'. ... Prodigalidad preposicional; siete veces *de* en tan breve discurso; ¡ el 23,33 por 100, salvo error, si lo expresamos así para que entre por los ojos de los ejecutivos!. Innecesario alarde y despilfarro." Claro que en portugués, gracias a las contracciones sale

hasta el 33,33 por 100 en un título como el siguiente, publicado en 1959: "Exposiçao de Ex-libris na sala do pessoal da Administraçao da Companhia do Caminho de Ferro de Genguela organizada por Mario Vinhas".

Puede que no siempre sea fácil evitarlo. Yo no sé si podríamos cambiar algo en una frase como: "Lo enuncia el apartado segundo del párrafo tercero, de la letra f) delartículo 29 de la ley del Impuesto, que dice ..." Lo que sé es que los matemáticos tendremos que solicitar un máximo de benevolencia en este terreno, porque muchas veces nos vemos obligados, o así nos lo parece, a incurrir en semejante delito. Uno piensa que si tiene que definir una de las acepciones de coordenadas le saldría algo parecido a esto: "Coeficientes de las combinaciones lineales de los elementos de una base de un espacio vectorial mediante las cuales se obtiene cada uno de los vectores de ese espacio". (Por cierto que una definición análoga de coordenadas en un espacio vectorial: "Los coeficientes de la combinación lineal de elementos de una base de un espacio vectorial en relación con el elemento obtenido mediante esa combinación lineal", me fue rechazada desde las autoridades lexicográficas con este para mí todavía extraño argumento: "Para que una definición sea formalmente ortodoxa, esta debe llevar más elementos que los que aparecen. De lo contrario, es un enunciado, no una definición. Por otra parte no presenta verbo alguno.")

Podríamos multiplicar los ejemplos; nos encontraríamos siempre en la situación de Hércules Poirot en una de las conocidas novelas de Agatha Christie, *El misterioso caso de Styles,* cuando decía: " ... una botella muy pequeña que hay en lo alto del armario de los venenos del dispensario del Hospital de la Cruz Roja de Tadminster, o que suena algo así como el cuento de la casa que hizo Jack." (Se refiere, por lo visto, a un cuento infantil en el que se parte de una frase y se le va añadiendo cada vez una palabra más hasta hacerlo interminable.)

Pero toda la comprensión que pido para esa preposición se transforma en rechazo total para el mal uso que se está haciendo de la preposición *a.* Casi siempre con el significado de *con.* Por ejemplo: "Funciones de variable real a valores en R^n"; "cohomología a coeficientes en un haz"; "espacios a conexión proyectiva". Todo ello por una traducción estrictamente literal del francés, sin tener en cuenta nuestro propio idioma. He oído a un compañero intentando justificar alguna de esas expresiones aduciendo la cacofonía que entrañaría decir "espacios con conexión proyectiva", y hasta proponía "espacios de conexión proyectiva". Pero yo creo que no, dejémoslo como debe ser: ¿no decimos también "ecuaciones con condiciones de contorno ..."?.

Claro que esto tampoco es privativo de las matemáticas sino que aparece constantemente en el habla ordinaria. ¿Cómo no sacar a relucir el repetido "de acuerdo a", sin duda trasladado directamente del "according to" inglés? O frases como "de manera a obtener distintos resultados", "al objeto de", "asunto a resolver", o ésta de López de Lerma: " ... la televisión privada tiene cosas a decir y cosas a hacer". Recuerdo lo que me chocaba, cuando vine por primera vez a Madrid, que en las tintorerías anunciasen "limpieza a seco"; quizá porque habría otro tipo de limpieza, que podría ser al vapor, no sé. Hoy no: hoy las tintorerías escriben correctamente "limpieza en seco". A ver si las demás profesiones, incluída la nuestra, limpian tan bien el idioma como los tintoreros.

Buena falta nos hace - y nos salimos de las preposiciones -, pues entre que ya no sólo lo leemos todo en inglés, sino que muchas veces hemos de escribir también en ese idioma, el contagio que padecemos llega a ser de alerta roja. En una memoria presentada a la Comisión Asesora de Investigación Científica y Técnica, que me la envió para su informe, aparecían entre otras estas frases que semejan la traducción, palabra por palabra, diccionario en mano, de un texto inglés: " ... buscando los correctos coeficientes y la correcta teoría de homotopía en ese contexto para geométricas aplicaciones ... El primero de estos trabajos es un muy interesante survey sobre métodos no abelianos en teoría de homotopía y álgebra homológica, donde la incidencia y perspectiva en estos campos es evidenciada ... Su demostración exige (...) la puesta en marcha de un programa envolviendo métodos en módulos cruzados y grupoides." Conchita Montes habría reseñado la obra en *La Codorniz,* añadiendo como era su costumbre, tras el título: "escrita, ¿en español?, por ..."

Estas consideraciones me conducen finalmente a algo que se ha asentado ya en nuestros textos siguiendo una práctica anglo-sajona que es eso, práctica, pero de feo estilo. Recuerdo, de mis tiempos estudiantiles, que a alguno se le llenaba la boca diciendo que los vectores libres forman un espacio vectorial que tiene al cuerpo de los números reales como dominio de multiplicadores. Frase tan pomposa ha ido poco a poco reduciéndose: espacio vectorial con cuerpo base el de los números reales; espacio vectorial sobre el cuerpo real; y así hasta llegar a la máxima simplicidad: R-espacio vectorial. Cierto que es cómodo y por eso quedará. Como que nos hemos visto invadidos por nombres de ese tipo: Z-módulo, C-base, σ-álgebra, y cuantas se quiera.

También hay ejemplos no matemáticos: "eurodiputado" sería uno de ellos. En el programa "Hablando claro" de TVE le preguntaban a Fernando Morán si le parecía bien y él decía, muy justamente, que se entendía y era práctico pero que lo correcto sería decir: "diputado o representante español en el Parlamento Europeo". Pues así están las cosas.

Palabras, palabras, palabras.

No hay habla sin léxico y algo habrá que decir sobre nuestras palabras y nuestros términos. Algunas son del lenguaje común y otras específicamente matemáticas. Aun aquéllas, su significado en matemáticas no siempre coincide con el del habla familiar y en conjunto se nos acusa, seguramente con justicia, de inmensa oscuridad y hermetismo. Tengo que decir que los mismos matemáticos no sabemos tampoco qué quieren decir muchas palabras que no pertenecen a la especialidad concreta que cultivamos. El problema, naturalmente, no reside en las palabras sino en las ideas que esas palabras expresan y que nos son desconocidas. Lo que es indubitable es que las palabras tienen que designar unívocamente las ideas y a eso hemos llamado claridad: recuérdese cómo esta noción de claridad no excluía la dificultad de entender, lo que alguien podría por contra calificar de oscuridad.

"No hay ciencia ni método científico sin ideas precisas, ni ideas precisas sin palabras exactas. De este modo, la exactitud de las ciencias de la naturaleza se vincula a la precisión de su lenguaje", escribe nuestro Presidente, parafraseando a Unamuno, en un enjundioso artículo, *Lexicografía de la ciencia y de la técnica.* Por ello el descubrimiento y la innovación científica y tecnológica implica el fenómeno lingüístico de dotar de nombres correctos a los nuevos hechos, de crear muchas veces una palabra nueva.

¿Es que no bastan con las existentes en el idioma común?. Se vierten fuertes acusaciones contra esta actitud de introducir neologismos o de adaptar palabras de otros idiomas, sobre todo del inglés. Reconozcamos que hay graves abusos en esto, debidos tanto a la comodidad como al *snobismo*. Pero también es cierto que, contra lo que algunos opinan, no siempre bastan las palabras existentes. "Los poetas - dice L. Núñez Ladeveze - nunca necesitaron de una jerga especial para decir las cosas más intensamente que el resto de los hablantes. Y por mucho que avance el conocimiento especializado, y por mucho que se amplíen las nomenclaturas específicas, ese desarrollo no impedirá que las palabras más densas y misteriosas, las que expresan la profundidad de la ansiedad humana, sigan siendo las más comunes a la lengua y las más extrañas a los inventarios técnicos (...) Me

resulta por eso difícil aceptar que tres millones de palabras no sean un depósito suficiente para satisfacer todas las necesidades de la comunicación, cualesquiera que estas sean."

Si, pero es que no somos poetas. Los poetas, que, por cierto, también inventan palabras, utilizan palabras vivas, las entremezclan en imágenes y en metáforas que unas veces quieren decir una cosa y otras veces otra, y esto a nosotros no se nos concede. "Las nomenclaturas propias de cada ciencia deben ser estrictas - dice R. Alvarado -. Con los físicos y matemáticos hay pocos problemas. Su rigor y exactitud, unidos a un esotérico cortejo de fórmulas, que al ignaro dejan suspenso (¡divinas palabras son las de lo que desconocemos!), dan escaso margen para la duda."

El matemático, en concreto, usa muchas palabras que son del acervo común: cuerpo, anillo, grupo, espacio, correspondencia, ... entre las sencillas, pero que tienen un sentido propio, distinto del coloquial; otras son específicas, álgebra, homotopía, etc. Lo característico es que cada palabra debe tener un significado único, define un único concepto, aunque sea de muy difícil exposición. "Los conceptos que parecen simples, por estar encerrados en una sola palabra - explica Rey Pastor en su discurso de ingreso en la Real Academia Española -, son complejas combinaciones de otros conceptos; y en esa progresiva involución del lenguaje científico reside su fuerza y su aparente sencillez. Por amor a ésta y para evitar la complicación, realizan los matemáticos inextricables complicaciones; como los avaros viven en la miseria para evitar la miseria."

¿Puede extrañar entonces que, aunque dispongamos en el idioma de las palabras suficientes para comunicar una idea, las condensemos en una sola palabra, vieja o nueva, que haga fluido el discurso y no una interminable sucesión de definiciones?. Es, un poco, como ocurre con el álgebra elemental, que pone en ecuación un problema y luego resuelve formalmente la ecuación: pruébese a hacerlo discurriendo aritméticamente, como hacían nuestros padres en el café, y se verá cuánto más difícil es no sólo resolver el problema sino seguir simplemente el razonamiento.

Ya sé que esto es admitido: hasta en el lenguaje corriente vamos utilizando cada palabra y no su definición. De lo que se trata, parece ser, es de que la palabra elegida para expresar un determinado concepto no haya de ser nueva, que ya tenemos suficientes en nuestro léxico. Eso ya lo hacemos, efectivamente, en muchas ocasiones, y no siempre sabemos bien por qué; y es lo que hacen también los matemáticos en otros idiomas. (Yo recuerdo unas conferencias que en nuestra Universidad pronunció el profesor Birkhoff

sobre los "loops"; el P. Dou le preguntó a qué se debía haberles dado ese nombre y él le contestó: "No lo sé, no se lo he dado yo; si me hubiera Vd. preguntado por qué puse su nombre a los "lattices" ...). Pero otras veces no es conveniente, si no existe la palabra que se cree adecuada, elegir una arbitraria que pueda sugerir una idea distinta; o, por el contrario, aparece en todos los idiomas - y no es por ello cuestión de acusar al nuestro de ser menos rico, como algunos opinan - el neologismo que responda a la situación y que se transmite sin más cambio que las peculiaridades que impone la respectiva lengua; o puede ocurrírsenos una composición de vocablos de extracción clásica cuya etimología exprese bien la noción que se haya de definir; incluso puede responder al mero gusto personal, como parece que hacen los poetas.

Una vez más voy a volver a mis reminiscencias de alumno. Nuestro profesor de geometría, eximio maestro, no encontraba la palabra que pudiera servir para expresar en español la nota que distingue a todos los planos que son paralelos entre sí; lo que, cuando se trata de rectas, se dice con la palabra *dirección.* En el caso de los planos los italianos la llamaban *giacitura,* ya que todos ellos tienen el mismo modo de yacer, pero la palabra española *yacimiento* no servía para dar a entender esa idea; también *orientación,* que algunas veces utilizó, o *inclinación,* tienen incluso en matemáticas otro significado. Y, así, cada año elegía una palabra sin estar nunca satisfecho: la misma palabra italiana, por ejemplo, o una adaptación española inventada, como *yacedura.* Al fin, en un curso ya posterior al mio, llegó muy contento a clase porque en colaboración con el profesor de griego había alumbrado el término adecuado para determinar aquella figura: me parece que era *estesitura.* (Quizá valiera también, pienso ahora, la palabra *rumbo,* en el sentido que le dan los geólogos, aunque resultaría seguramente más equívoca). Poco tiempo de vigencia debió de tener la estesitura, pues aquellas lecciones se acabaron y supongo que hará más de cuarenta años que nadie la ha utilizado, pero lo cuento como modelo de un correcto proceder a la hora de buscar una palabra que se necesita.

No hace falta recordar cómo las matemáticas, independientemente del idioma en que se escriban, han hecho uso de términos griegos y latinos cuya etimología sugiere el concepto así denominado. Acaso no siempre con exactitud, y el Prof. Cuesta Dutari ha hecho en distintas ocasiones acerba crítica a esta mala elección de vocablos.

A veces echamos en falta una especie de normas, que podría dar la Academia de la Lengua, para construir palabras españolas aún no existentes y que, sin embargo, son imprescindibles, o al menos útiles, y no sólo para la jerga matemática. Y así nos vemos precisados a inventarlas por libre y

multiplicarlas sin sentido ni unicidad. Por ejemplo, existe en español la palabra "compacto" y también "compactación", que es transformar en compacto algo que no lo es, y "compacidad", o cualidad de ser compacto. Esas palabras del idioma común las usamos en matemáticas, independientemente de que algunos digan "compactificación" por compactación o "compacticidad" por compacidad.

Bien, pero ¿qué pasa con la palabra "completo"?. Existe, sí, la palabra "compleción" para designar la acción de completar una cosa y es la que debemos usar, no "complección", claramente incorrecta, ni "completación". Pero no hay, que yo sepa, una palabra española para indicar la cualidad de ser completo, y como nos es necesaria, pues unos, los más, dicen "completitud", otros "complitud", y nadie sabemos bien cómo debemos decirlo. Y esto no es sólo manía de los matemáticos. En un informe del Plan nacional de seguimiento del síndrome tóxico se dicen cosas así: "Puede indudablemente continuar realizándose una *completación* y depuración de la información de estos circuitos ... a fin de completar y depurar las investigaciones que objetan la hipótesis del aceite como vehículo. En la medida en que dicha *completación* y depuración no pueda hacerse, la existencia ya de imposibilidades y contradicciones lógicas importantes en el modelo de circulación de aceites (aun con la *completud* y fiabilidad actualmente conocidas), debe ser suficiente."

¿Y la cualidad de ser discreto?. En matemáticas, claro, no me vengan ahora con la discreción. En una consulta a la Academia, concretamente al Prof. Tovar, se me apuntó la palabra "discretidad"; tal vez. Muchos otros ejemplos podríamos poner y no es cosa de aburrirles a Vds. Verbigratia, ¿cómo habremos de decir: exhaución, exhaustión o exhaustación?. De las tres maneras he visto llamar a ese método y ninguna está admitida en la lengua, aunque existe esa necesidad. No es raro, pues, que alguna vez se recurra a anglicismos.

Tampoco puede decirse siempre que lo sean del todo: aparece una palabra nueva en todos los idiomas y se impone con pequeñas variantes. Por ejemplo, *funtor*. Aprovecho para opinar que debemos escribirla así y no *functor,* como a veces he visto, quizá influídos por el "functor" inglés y el "foncteur" francés; pero también en esos idiomas se dice "function" y "fonction", respectivamente, y nosotros escribimos "función". A mayor abundamiento encontré una crítica literaria de A. Tovar que puede venir bien al caso: " ... muchos feos anglicismos se deben a aquello que el inglés tiene de común con nuestra lengua, que son los préstamos del latín. Pero ¿cómo se

puede usar dos veces en una sola página la palabreja 'perfunctorio', con una *c* que está diciendo a gritos que no ha pasado por ninguna tradición propia?"

Otras veces traducimos no mal pero tampoco uniformemente. Recuerdo cuando a finales de los cuarenta apareció, de la mano de Leray, el concepto de "faisceau", que en inglés tradujeron por "sheaf". Aquí, cada escuela adoptó un nombre: unos "fascículo", otros "haz", otros "gavilla". El tiempo va decantando las cosas y hoy, me parece, nos quedamos definitivamente con haz. Este tipo de cosas se suele dar muchas veces y en unas se logra la unidad y en otras no, pero nadie la fuerza, pues hay razones para una u otra forma y con ninguna de ellas se quebranta el idioma. En ocasiones se ha buscado el consenso y no siempre se logra: ahí tienen, en nuestro Vocabulario, una larga relación de sinónimos.

Hay también palabras que no han conseguido traducción; quizá les llegue con el tiempo. Bien que se han españolizado muchos vocablos del habla futbolística que en mis tiempos de chico decíamos en inglés, o algo parecido; por cierto, menos "fútbol", ya que "balompié", salvo para el Betis, no tuvo el mismo éxito que sus hermanos baloncesto, balonvolea o balonmano. Dígase lo mismo de otros deportes. ¿Y no tenemos en música, sin que nadie se rasgue las vestiduras, multitud de palabras italianas que se han establecido en todos los idiomas?. El mismo Stendhal, en su *Vida de Rossini,* manifiesta su casi insuperable dificultad para hablar en francés sobre el arte del canto: "Puesto que no encuentro palabras francesas para traducir con exactitud y claridad los nombres de las diversas especies de trinos o de ornamentos, pido que se me permita servirme algunas veces de las palabras italianas. No tengo más remedio que atenerme a la precisión y a la claridad." Precisión y claridad: otra vez nuestro deseo.

Así que, aunque lo lamente, tampoco me escandalizo demasiado de lo que nos pueda pasar, y no será caso único, con la palabra *jet.* Algunos la han traducido por *surtidor:* yo prefiero *chorro.* Me gustaría que a los "r-jets" se les llamase "chorros de orden r" (comprueben que decir "erre-chorros" resultaría cuando menos chirriante). Pues me parece que ni uno ni otro: lo que va a persistir es "jet", incorporado también, por cierto, al lenguaje habitual. ¡Ah, si fuéramos poetas, qué poco nos importarían estas cosas! ¿No recordais lo hermosamente que quedó dibujado *El ciprés de Silos* en el soneto de Gerardo Diego?:

Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza,
chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado a sí mismo en loco empeño ...

Surtidor, chorro, y aún le sobran imágenes: mástil, flecha, torre, saeta, ... ¡todo menos jet, naturalmente!

Si y sólo si.

He aquí una locución que el habla matemática ha aportado con toda probabilidad al lenguaje común. Es el "si et seulement si", el "se e solo se" o "se e soltanto se", el "if and only if". Tan frecuente es su uso que hasta los americanos del Norte se propusieron reducirlo a la palabra "iff" y los del Sur a la "sii"; pero eso me parece muy feo, es mejor dejar la locución escrita. Que poco a poco va entrando en el habla general. Hasta en un periódico de Derecho, *Tapia,* que amablemente me envían con regularidad y aún no me explico por qué, encuentro un buen artículo del profesor Lamsdorff en el que - y excusen que lo saque de su contexto - se dice: "Puedo decir que mi cartera es mía si, y solamente si, en caso de que me la quiten, puedo llamar a un guardia que me la devuelva y se lleve al ladrón a la cárcel."

Entonces, ¿por qué no gusta esa expresión y en algunas fichas me proponían los gramáticos que la sustituyese por "exclusivamente si"?. Seguramente por evitar, una vez más, la repetición tan próxima de la conjunción "si", pero eso daría validez al "sólo si", dejando intocado el "si" primero. Cuando decimos que la propiedad A se verifica si y sólo si se cumple la B, queremos decir dos cosas: que A se verifica si se cumple B, por tanto es suficiente que se cumpla B para que también se satisfaga A, y que A se verifica sólo si se cumple B, luego es necesario también que se cumpla B para que lo haga A. Equivale, pues, a que el cumplimiento de B implica el de A y el de A implica el de B. La mitad de la frase, "si" o "sólo si", expresa sólo una condición suficiente o una condición necesaria; la locución completa es, pues, la que asegura que la condición es necesaria y suficiente. Es, en alguna manera, como cuando se dice en el habla de las leyes: "toda la verdad y nada más que la verdad"; expresión que, por cierto, a nadie incomoda.

Pero encuentro que, incluso literariamente, construcciones de este tipo no son nada desdeñables. ¿Qué otra cosa puede significar este trozo de un parlamento de Galdós en *La familia de León Roch?*: "En fin, que yo y sola yo ..., que a mí y sólo a mí ... ¡Oh, qué dulce es ponerse la mano en el pecho y apretarse mucho, diciendo con el pensamiento: 'A mí, a mí sola, a nadie más que a mí'!"

Pues, la verdad, para ser sincero: si acaso pasase al habla popular nuestro "si y sólo si", tampoco me gustaría que proliferase y apareciera *ad nauseam* por todas las esquinas, desvirtuándose, como está ocurriendo con tantos otros nombres, parámetro, coordenadas, puntual, lineal, la misma condición necesaria y suficiente, etc. Cada vez que oigo esta última, un escalofrío me recorre toda la médula. Yo creo que, aparte de su trivialización, es porque se emplea siempre en el mismo sentido: "es una condición necesaria pero no suficiente ..." Nunca se habla de alguna que sea las dos cosas y menos aún que sea suficiente pero no necesaria. ¡A lo mejor es que creen que no hay!.

Voy a poner dos ejemplos no extraídos de textos matemáticos. El primero está en *El nombre de la rosa,* de U. Eco, y explica claramente la diferencia entre ser suficiente y no necesario o ser necesario y suficiente, si bien la versión española que he manejado no es demasiado feliz: "Existe una sustancia que ennegrece los dedos del que la toca (...) Venancio y Berengario tienen los dedos manchados de negro, ¡ergo han tocado esa sustancia! (...) No debería decir: todos los que tocan cierta sustancia tienen los dedos negros, pues podrían existir personas que tuviesen los dedos negros sin haber tocado esa sustancia. Debería decir: todos aquellos y sólo aquellos que tienen los dedos negros han tocado sin duda determinada sustancia (...) Con lo que tendríamos un Darii, o sea un impecable tercer silogismo de la primera figura."

Me permito apostillar, no obstante, también yo, que Darii no requiere tanto: bastaría decir que todos los que tienen los dedos negros han tocado la sustancia, aun cuando no sean todos y sólo ellos. El autor convierte el ennegrecimiento de los dedos en condición necesaria y suficiente de haber tocado la sustancia, cuando sólo sería suficiente, tanto para el silogismo en Darii como para el razonamiento del sagaz franciscano eje del relato.

El otro ejemplo es un cuentecillo inconsistente y hasta demasiado ramplón para traerlo aquí, en el que una condición que se califica de suficiente se toma luego erróneamente como necesaria: "Se encuentran dos amigos: - ¡Tanto tiempo sin verte! - Sí, es que ahora me dedico a estudios muy

profundos y no salgo nada. - ¿Qué estudias? - Filosofía y, sobre todo, lógica.- ¿Y qué es la lógica? - Mejor será que te ponga un ejemplo: ¿tú tienes una pecera? - Sí.- Eso quiere decir que te gustan los peces. - ¡Claro! - O sea que te gustan los animales y, en general, la Naturaleza. - Pues sí. - Por lo tanto te gusta la belleza. - ¡Hombre, claro! - Te gustarán entonces las mujeres.- ¡Por supuesto! - Pues ya ves, todas esas deducciones son fruto de la lógica.

"El segundo amigo se encuentra a un tercero: - ¡Hombre, he estado con Fulano y me ha dejado admirado! Se dedica a la lógica.- ¿Y eso qué es? - Pues verás: ¿tú tienes una pecera? - No.- Entonces eres un marica."

Y ustedes disimulen.

* * * * *

He intentado con estos brochazos que, no se me oculta, causarán espanto a cualquier lingüista o filólogo, poner de manifiesto algunas de las peculiaridades de nuestro modo de hablar y escribir en matemáticas, y explicar también las razones que se me alcanzan del porqué lo hacemos así. Y este estilo, que a veces se nos remeda donosamente, puede que no sea tan excesivamente distintivo y particular, y por eso he querido ponerle el contrapunto de problemas análogos en el lenguaje común.

Aquí debería propiamente terminar mi intervención pero, volviendo sobre lo que acabo de decir, he pensado que me gustaría reflexionar comparativamente sobre el habla de otros grupos profesionales, culturales y sociales, lo que tal vez nos haga vislumbrar hacia dónde pueda encaminarse la futura literatura matemática. No hace falta repetir que cuanto diga lo haré desde el punto de vista del aficionado incompetente y no es de extrañar por ello que lo que salga - como les pasa a tantos otros - no sea más que una sucesión de chafarrinones.

II. LAS OTRAS HABLAS.

El alcalde (de) Zabaldica
Le echa a la berza chungur,
En cambio le echa birica
El alcalde de Cizur.
(De la Cuenca de Pamplona.)

A imitación de estos supuestos alcaldes, cada grupo antes aludido condimenta con particulares aliños sus formas de expresión y así aparecen las hablas peculiares que distinguen a unos y otros, aunque todas ellas dentro del mismo idioma. ¿Quién no ha oído alguna vez decir: habla como un abogado, o como un militar, o como un fraile?.

Claro que a estos al menos se les entendía. En cambio ahora han nacido en algunas profesiones jergas accesibles sólo a los que están en el secreto, "que explican en palabras ininteligibles los conceptos que todos manejamos con mayor soltura", se dice, "tirando a dar", en un recuadro que con este título publica habitualmente un diario madrileño. Y coincide con M. Alcántara: "Hay gente convencida de que expresarse con claridad es una ordinariez y que llamando al pan, pan, y al vino, vino no se anda el camino de las artes o de la política. (...) Hay políticos de los que nos consta que lo más profundo que tienen es el sueño, que hacen sibilinas declaraciones, sólo aptas para iniciados. Y pintores que cuando explican sus propios cuadros parecen catedráticos de metafísica."

Todos conocemos las famosas "tablas mágicas" del lenguaje político-económico que sitúan en tres columnas verbos, sustantivos y adjetivos, por ejemplo, cuanto más raros mejor, y tomando en cualquier orden una palabra de cada columna forman frases tan sonoras y tan huecas como "implementar el posicionamiento conflictual", "vehiculizar la connotación desdramatizada", "subsumir la etiología del tensionamiento", etc. Luis I. Parada, a cuya gacetilla diaria acabo de aludir, da una relación no corta de términos como éstos aparecidos en periódicos de Madrid. O sea, diríamos nosotros si también hablásemos de esa forma, "nominaliza modelizaciones ejemplificantes".

Y no es sólo este gremio el atacado por semejante viros. Pensemos en los sociólogos, psicólogos o pedagogos, sin ir más lejos. Para no alargarme, y fijándome en los últimos, que son los que a algunos de nosotros más pueden interesarnos y los que, por otra parte, deberían ser más claros, me limitaré a transcribir un incisivo fragmento de la recensión que el Prof. García-Rodeja hace de un artículo de didáctica matemática: " ... se dice, como última reflexión útil a la hora de 'hacer': 'todo esquema de asimilación readaptado y recompuesto gracias a una retroacción suficiente, se hace susceptible de cumplir la función de esquema anticipador en las comparaciones ulteriores'. Se dice que a los niños hay que preguntarles: ¿todas las rosas son algunas flores? El artículo contiene otras muchas palabras, y se dice que el lector habrá observado la inclusión en la taxonomía de objetivos de 'seriación'."

Cosas así se ven en cuanto uno levanta los ojos. Y sin embargo ...

La crítica artística

Empezamos por ella ya que hace no demasiados años era la más esotérica en cuanto a sus expresiones. Uno leía la descripción y crítica de un cuadro o de una exposición y no llegaba siquiera a barruntar si le había gustado a su autor; mucho menos qué es lo que allí había o se podía ver. ¡Pues ya no! Ahora están hechas en un tono llano, sin palabras rimbombantes, sin frases inescrutables, al alcance de cualquier lector. ¿Quién no entiende, por ejemplo, cosas así?: "Una pintura marcada por el sello de la figuración mediterránea, en la que el dibujo y el color son los adecuados y los temas son poco problemáticos (bodegones, paisajes ...)".

Ya no se encuentran aquellos textos abstrusos que antes nos dejaban de un aire. A lo más que se llega es a pequeñas exquisiteces como: "... son fundamentales las modulaciones de las formas, las ordenaciones compositivas, las planificaciones de masas y las neutralizaciones cromáticas, pero como medios envolventes de una médula poética que cobra forma en los objetos humildes de que nos servimos, plasmados con un hiperrealismo zurbaranesco."

El paso de un modo a otro sucedió tan silenciosamente, a mi parecer, tan sin transición, que me quedé sin conservar ningún modelo del antiguo estilo. Ni me dí cuenta de que ya no se llevaba ni, mucho menos, pude pensar que me vendría bien después para ilustrar unos comentarios como éstos, impredecibles entonces para mí.

Algo encontré al fin, de la mano de un pintor extremeño, Luis Canelo, "la materia en su vibración germinal", que dice un crítico, el cual explica que "su pintura es una síntesis milagrosa entre materia y rapto; una increíble simbiosis juanramoniana de piedra y cielo, lo telúrico y lo celeste hipostasiados, una fecundidad brillante, vibradora; un magma en movimiento que sugiere, a través de su inquieta germinación, el enorme latido de la vida y también la fuga de la materia hacia un espacio no-de-aquí, ámbito de una perfección posible e imposible."

Bueno, pues esto es una conversación de autobús al lado de lo que el propio pintor dice de sí mismo: "Si actualmente estoy en esto de la 'vida primigenia', o de las 'semillas innumerables', está claro que no es mundo todavía de netas diferenciaciones. Esto intento resolverlo con atmósferas vibrantes, con protoformas irremediablemente nacidas de su propio ambiente, con colores atávicamente no desarrollados, pero que potencian lejanas y fértiles diferenciaciones, con densidades matéricas osmóticamente interconexionadas, corpúsculos minuciosos infinitamente germinales, y en definitiva, y aunque sea exagerado, es como si el único punto de referencia que define el denso y táctil espacio de mis telas fuera la 'pura posiblidad'."

Así que uno se siente más cercano a otro pintor, Ripollés, a quien entrevista Amilibia: "-¿Verdad que no se debe hablar de pintura, Ripollés? - No se debe.- ¿Verdad que la pintura es para ver, Ripollés? - Verdad.- Entonces, ¿tú entiendes lo que escriben de tu obra los eruditos? - No. No suelo entender casi nada." ¡No me extraña!.

Todo es mezclar "informalismos matéricos" con "acción sígnica y gestual", "planimetrías cromáticas" con "campos de veladuras". Y no me lo invento: son palabras de otro crítico, S. Castro Beraza, que, no contento con ello, hace después de una crítica, también superferolítica, una entrevista a otro pintor, Fernando Calderón, que acaba de esta manera: "-¿Es usted un surrealista? - No, lo fui, y sólo por unos días, en la Edad Media. Ahora soy socio de la Real Sociedad de San Sebastián, pero eso no se lo cuente usted a nadie para que no se enfaden mis amigos del Racing de Santander.- Nunca me podría haber imaginado que a usted le gustase el futbol ... - No, no me interesa lo más mínimo, pero me gustaría practicarlo con destreza para sacarle partido a mi deporte preferido.- ¿Y cuál es?, si puede saberse.- Pues mire, darle patadas a los cojines de miraguano del emir los lunes a la hora del aperitivo, mi buen amigo.- Ah, ahora ya empiezo a comprenderle. A usted lo que le gustaría en el fondo es ser un taxidermista de portaaviones anaranjados.- Ha acertado usted, amigo fontanero, ha acertado usted. Pero no me cobre mucho por la soldadura."

¡Pero bueno! ¿Es que esto es serio? Y pensábamos que sólo Dalí nos tomaba el pelo: al menos él tenía a veces gracia.

El planeta de los toros.

Debió de ser Antonio Díaz Cañabate quien desde el primer número de *El Ruedo,* aquella revista nacida en los años cuarenta, acuñó este término que tuvo feliz aceptación, y fue describiendo, número tras número, las singularidades de este original planeta. No recuerdo que tocase, sin embargo, la referida a su idioma.

¡El habla taurina! Es como la propia fiesta. Barroca y rutilante, impregnada de brillo y luminosidad, cargada de sonidos y colorido, de innecesarias figuras, adornos y florituras, cual si estuviese también cuajada de molinetes, quiebros y revoleras. Alarga las faenas repitiendo en distintas posturas el mismo lance, para que el lector se embriague con su atmósfera.

Inefables reseñas, como aquellas del clásico *Sol y Sombra,* en las que, sin previo aviso, se encontraba uno leyéndolas en verso: "El tercero, *Alcaparroso,* hizo su entrada en el coso; los caballeros de aúpa le hicieron tres veces pupa; él se desquitó con creces tumbándoles cuatro veces, y dos pollinos ignotos pagaron los vidrios rotos. (...) Fuentes empezó parado y, como torero diestro, demostró que es un maestro cuando está el hombre inspirado; después sufrió un achuchón ... ¡y se le acabó el carbón!" Estereotipos que repiten los aficionados: "quieta la planta, erguida la figura", "destapa el frasco de las esencias toreras", o, más largo, "... mientras el graderío se enardece en una tarde gloriosa en la que el sol andaluz parte por gala en dos la moneda que es el redondel de la verdad, de lo español, de la doma de la fiera por el valor". Reconozcamos que a veces, muchas, se cae en la cursilería, como cuando se retrata el rejoneador Angel Peralta: "Mi vida está cosida a la de los caballos, desde que nací, con hebras de la más fuerte pasión hiladas en la rueca de la ternura".

Pues así era esta habla singular. Era, digo bien, porque ya no lo es. Ustedes toman ahora la crítica de una corrida y la encontrarán escrita con la misma sosería con la que se informa de la inauguración de un tramo de autopista. Vean, si no. Tengo aquí dos reseñas de una misma corrida hechas por distintos corresponsales, una "more antiquo" y la otra más actual. Es una corrida de la Feria de Valencia celebrada el 21 de julio de 1975, con Paco Camino, Manzanares y Niño de la Capea. Me fijaré únicamente, para comparar, en la descripción que uno y otro crítico hacen de la actuación de Manzanares; aun así, va a resultar bastante largo.

El primero, del diario *Ya,* responde al modo que más o menos se usa hoy: "En las últimas actuaciones que pudimos contemplar de Manzanares reconocíamos que al alicantino le perseguía una notable mala suerte en sus lotes. Parecía necesario puntualizar tal circunstancia, que calificaba los resultados obtenidos por el diestro. Al fin le hemos visto salir bien parado, y en correspondencia a la mejoría de situación, obtener premios y recibir pruebas de cálido entusiasmo. Flojito salió su primer enemigo de la actuación valenciana: dio en tierra tras la única vara, se derrengó en banderillas y cayó del todo en la faena de muleta, pero Manzanares sacó con decisión y maña todo el partido posible del adversario, al que muleteó con afán y variedad y dio muerte con estocada caída. Aprovechó Manzanares la clara acometida del quinto toro, que dio una vuelta de campana en el primer tercio; cayó en el de banderillas y se mantuvo en la vertical en una faena prolongada y vistosa, animada por el interés del diestro, que luego de pinchar sin soltar, despachó al enemigo de estocada desprendida."

Veamos ahora cómo se diría esto mismo con aquel estilo ya periclitado pero que aún conservaba el redactor del diario *Marca:* "Y sigue la avalancha, igual que el ciclón Flora; pero claro, sin causar víctimas, porque esta avalancha para el aficionado es como una bendición. Ha sido un suceso penetrante y emotivo alcanzado en la orilla mediterránea, donde hace unos días - en Benidorm - José María Manzanares había escrito su mejor sueño torero del año. Había toreado ese día de una manera ideal y de aquel impacto se beneficia la feria de Valencia, porque en Manzanares estaba mucho de lo que cabía esperar en la tarde, y alrededor de ese pasado fasto sigue el clamor de hoy, y van a seguir girando luego, ya que el alicantino anda dentro de la órbita de sus ideales, de la belleza y de la supremacía, es decir, es su momento máximo como torero. Lástima, dicen los valencianos, transportados a la máxima alegría por el suceso de su toreo, que José María sólo torea una corrida en la feria por propia decisión, porque los vecinos de las playas del Turia, a estas alturas, están clamando por este artista de Alicante, que ha puesto la feria en la misma frontera de la belleza. Bien ha estado, pues, en los dos el alicantino, toreando por soleares con la mano izquierda, cincelando el pase natural, labrándolo en plata como el mejor artesano cordobés. Puede decirse que ha estado cumbre el mozo mediterráneo, este romano de terciopelo y de música torera. Este Wagner de la época. Sus dos faenas han sido realmente grandes y han colmado la ilusión de todos, y que los trofeos no hayan caído en sus manos con la prodigalidad que se merecía se debe a que su espada - nada menos, por cierto, que en la suerte de recibir - no cae como la espada del éxito. Aun así - y con petición larga para más - corta una oreja en cada toro y da cuatro vueltas al ruedo, repartidas en el apoteosis de cada éxito. Y a la tarde le queda como un embeleso, como un perfume, como un toreo desperdigado en el aire, como ese alud que se palpa en el cielo del parque de

María Luisa. Está poniendo bien claro el arte en los ruedos José María Manzanares y su avalancha de toreo triunfal."

Quod erat demonstrandum, creo que puedo legítimamente terminar. No lo haré, sin embargo, sin copiarles esta auténtica perla debida a un habitante de este planeta, de los de antes, un médico, aficionado, Martínez Forniés, que dice así, refiriéndose al castigo del toro: "No es, en modo alguno, un espectáculo cruel. El toro, fiel a su instinto, embiste sin necesidad de hostigamiento, como un juego para él. Ni siquiera sufre el toro cuando en la plaza la espada - cinta de plata midiendo campos de rojo y gualda - enterrada toda su hoja, deja tan sólo el mango - como un acento - sobre la cabeza del toro. Porque si el hombre no siente el asta - hecha alfanje afilado por el viento - acariciando sus entrañas, ¿cómo va a sentirlo el noble animal, gladiador de media luna y, por látigo, su cola?".

Qué nos queda por nuestra parte sino gritar: ¡olé! Y cambiemos de tercio.

El lenguaje eclesiástico

Bien diferente, por cierto, del anterior. Es un hablar contenido, grave y mesurado, un poco alambicado a veces pero no aparatoso, sí tal vez algo untuoso, apoyado en citas bíblicas, patrísticas o pontificias: "Al celebrar este año una vez más la Navidad, se manifiesta ante nosotros la realidad gozosa del misterio de Cristo; con él 'ha aparecido la bondad de Dios y su amor hacia el hombre' (TD 3,4). Los cristianos nos sentimos llamados a transmitir a nuestros hermanos, con palabras y con obras, la alegría de la paz de la Tierra 'a los hombres que Dios ama' (Lc 2,14). El Dios que está con nosotros cumple sus promesas de salvación y abre nuevas posibilidades de fraternidad y de paz; su presencia, su energía y su impulso son garantía renovada de esperanza para dilatar el triunfo de la paz. Es el 'Príncipe de la paz', sostenida y consolidada por la justicia (Is 9, 6-7)."

Son palabras de una pastoral, como tantas se pueden encontrar. Pero no hace falta recurrir a documentos oficiales. "Los eclesiásticos - dice José Mª Javierre - utilizamos desde hace siglos un lenguaje comedido, reverente, que envuelve en perífrasis suaves, más bien devotas, a veces hasta dulzonas, el juicio sobre los hechos concretos. Tuvimos una escuela de alta, sublime calidad, en el *estilo* de la curia y de la diplomacia pontificia. Nadie

supo mejor que los monseñores romanos decir nada en mil palabras. O sugerirlo todo sin pronunciar un nombre."

Seguramente todo esto sigue siendo válido pero también se puede percibir la introducción de algunos cambios que acercan las expresiones eclesiales a las del habla coloquial, quizá en el mismo sentido en que la liturgia ha ido pasando de lo solemne a lo popular. Y esto parece que se nota desde las más altas instancias a las de menor rango.

Hans Urs von Balthasar nos dice, respecto de las primeras: "... conviene prestar atención al 'tono nuevo' que Juan Pablo II da en sus grandes documentos: son, desde luego, disertaciones, pero talmente ricas de calor humano tangible y personal, tan alejadas del frío estilo curialesco, y tan poco triviales ..."

Mas también el clero llano se acomoda a los usos vigentes; si se me permite la licencia diría que pasan del *mester de clerecía* al de *ioglaría*. Tengo ante mí un escrito de una hermandad sacerdotal navarra que contiene párrafos muy acordes con el modo tradicional: "Somos sacerdotes que queremos vivir con gozo nuestro sacerdocio y nuestra entrega al Señor para el servicio del pueblo de Dios (...) en íntima colaboración con nuestro obispo, según la doctrina del Vaticano II y del Sínodo de Roma".

Otros entran ya en el "sermo vulgaris", como aquí: "Nos apasiona una Iglesia renovada y siempre joven, libre de chismorreos clericales, con los que se pretende el triunfo personal". Hasta que, finalmente, lo mismo que la gracia no quita naturaleza, aunque la eleva y perfecciona, tampoco el ser sacerdotes les impide ser de mi tierra, y sueltan el siguiente trallazo digno de un viejo carretero de la Ribera: "Creemos que en la Conferencia Episcopal está dominando un clima de sensatez y serenidad, buscando siempre el mejor servicio a la Iglesia y edificación del pueblo de Dios. Sería una ofensa grave a nuestros pastores pensar que organizasen una batalla campal a baculazo limpio". Ustedes dirán.

Broza jurídica y administrativa.

Comenta E. Romero la conmoción que produjo una sentencia reciente en la que se vertían conceptos calificadores del comportamiento de una abogada respecto a un juez; seguramente recordamos muchos este incidente. "¿Por qué ha de imponerse una prosa determinada para las sentencias de un juez, a veces con brillantes circunvalaciones, y no ha de

reflejar el espíritu del pueblo mismo cuando se pone delante de una situación?", dice. Y añade en distintos párrafos: " ... al juez hay que librarle de la monotonía e inclinaciones a la sabiduría axiomática, y ha de advertirse en la prosa de sus sentencias el espíritu popular, las calificaciones de la gente, los sentimientos que revelan eso que se llama 'opinión pública' ... Estamos acostumbrados a la gloriosa pedantería de los jueces, y cuanto más altos más distantes, y nuestra modernidad en la Ley tiene que arbitrar otros modos de comunicación que hasta puedan ser materiales magníficos de libros". "Hay como un gran temor a la contemporaneidad para casi todo".

Ciertamente parece que las sentencias están cortadas por un patrón ya establecido y responden a unos formulismos de los que hacía donosa parodia Evaristo Acevedo en su página "La cárcel de papel" de *La Codorniz.* Sin que esto sea obstáculo para que haya sentencias literaria y conceptualmente modélicas, redactadas por viejos maestros de la Judicatura. El marqués de Tamarón, luchador declarado por la propiedad del lenguaje, afirma igualmente de otros textos: "Si no se busca la precisión en el lenguaje se está falseando el pensamiento, y por tanto la acción del propio Estado. Por eso, a menudo se han puesto como ejemplo literario los artículos del Código Civil. Porque en un artículo del Código no puede sobrar ni faltar una palabra. Y si eso se consigue, se está escribiendo gran literatura; aunque vaya entre las tapas del Código Civil".

Pero volvamos a las sentencias, que algo está cambiando también. Parece que desde 1980 el Tribunal Constitucional ha introducido modificaciones en su redacción, las cuales van siendo también incorporadas por otros tribunales. Eso oí decir en TV al Secretario General de dicho Tribunal, don Javier Salas. Explicaba que, hasta ahora, los gerundios, "resultandos" y "considerandos", condicionaban de tal modo la redacción que se veían obligados a desarrollar largos párrafos "con comas y puntos y comas, pero sin ningún punto", a veces a lo largo de una página o página y media, con lo que se perdía el sentido de lo que se estaba leyendo. Ahora se empieza a precindir de los gerundios, se clasifican los párrafos en "antecedentes", "hechos", "fundamentos de derecho", etc. y la expresión resulta más afín a la de un modo común de hablar.

Todo esto debe de ser bueno y, desde luego, más cómodo, pero también es verdad que, como en otros casos, perdemos así unos decires característicos. ¿Cómo eran éstos, antes de que se nos olvide? Voy a elegir un ejemplo pequeñito, por exigencias de espacio, aunque sacrificando algunos otros realmente deliciosos: "Considerando que el hecho denunciado ha de entenderse suficientemente acreditado por los propios términos en que

aparece redactado el correspondiente boletín, expresivo de los hechos materiales, apreciándose que aquél es constitutivo de infracción al precepto que se estimó vulnerado por la autoridad sancionadora, corregible con multa de cuantía idéntica a la impuesta, mas habida cuenta que en el expediente que se examina no consta fehacientemente que quien recurre fuese el conductor del vehículo objeto de la denuncia, extremo que se niega, siendo que la medida conplementaria de suspensión del permiso de conducción, prevista en el artículo 289, apartado I, del Código de la Circulación, es de carácter personalísimo, se ofrece adecuado, en su consecuencia, modificar la resolución impugnada en el sentido de mantener la cuantía de la multa impuesta y dejar sin efecto la suspensión de permiso de conducción acordada."

Hemos llegado al punto: imagínense, pues, los que ocupan un folio y medio. A todo hay quien gane: ahí tienen Vds. la última novela de Cela, *Cristo versus Arizona,* con más de doscientas páginas y un solo punto, el final. Como para recordar aquel cuentecillo de los que iban muriendo al leer una carta por faltarles la respiración, ya que no podían interrumpir la lectura por no haber ninguna coma.

Ya el Fiscal General, Sr. Moscoso, en la apertura del año judicial del 14 de septiembre de 1988, aludía al "peculiar léxico" de lo judicial, y hablaba, a la vez, de introducir "nuevos usos procesales para terminar con un proceso penal premioso e ininteligible para los ciudadanos". Hizo más. Dos años antes, el 7 de julio del 86 (B.O.E. del 22), había firmado una orden del Ministerio de la Presidencia por la que se modifican los modos de dirigirse los ciudadanos a la Administración y viceversa, lo que deberá hacerse en forma clara y concisa, en párrafos breves sin circunloquios ni tecnicismos que dificulten la comprensión de lo escrito en el documento administrativo. A su vez, se suprimen determinadas fórmulas y nominaciones. Ya no habrá que decir: "Es gracia que espera alcanzar de V.I., cuya vida guarde Dios muchos años". Total que ahora escribiremos los oficios y las instancias como una carta cualquiera y esto no ya por la evolución de las cosas o de las costumbres, sino por orden ministerial.

Algunos problemas desaparecerán así. A lo mejor ya no vemos una instancia como la dirigida al "Excmo. y Rvdmo. Sr. Rector", pero aún quedarán puntos curiosos, como el del orden del día de una Junta que decía: "Profesor de perfil y comisión para una plaza de catedrático", en lugar de "propuesta de perfil ..."; o fórmulas de comparecencia como la de un recurso suscrito por "N., participante en las pruebas del concurso ordinario a la plaza vacante de Catedrático nº 8, Area de Conocimiento: Producción Animal de

los Cuerpos Docentes Universitarios", en la que uno no sabe qué admirar más, si lo del catedrático nº 8 o esa producción animal que nuestro cuerpo elabora.

¡Ah, la coma! La famosa coma cantada en *Los intereses creados:* "¡Oh, admirable coma! ¡Maravillosa coma! ¡Genio de la justicia! ¡Oráculo de la ley! ¡Monstruo de la jurisprudencia! "Y que no sólo tiene repercusión en los actos judiciales o administrativos. Dalí emitió un mensaje de fin de año el último día del 84 y dos días después hubo de rectificar porque había aparecido una coma detrás de la palabra "progreso", lo que cambiaba su sentido. El verdadero mensaje decía así: "Que este año nuevo sea el año del progreso de la 'megantropía' y mi homenaje personal al gran matemático René Thom". También lo de "gran matemático" había sido agregado en la rectificación, para poder identificar la personalidad del científico francés. Justo es que aquí lo consignemos.

Pues sí, facilitaremos las cosas pero al mismo tiempo perderemos ese pintoresquismo de las arcaicas fórmulas de cortesía con que estaban entreverados tales escritos. Sin exagerar tampoco y caer en la tan caricaturizada cortesía oriental que produce textos estupendos. Leía hace algún tiempo el ultimatum que el almirante Togo dirigía el 8 de febrero de 1904 al comandante de la guarnición rusa de Port Arthur: "... Con todo respeto le ruego abandone el puerto ... de lo contrario me vería obligado a marchar contra usted". Lo que no le impide terminar: "Tengo el honor de ser su más obediente servidor".

No hace falta llegar a tanto para encontar excelentes muestras de tal estilo pretencioso y recargado. En *De Pascuas a Ramos* cuenta Iribarren que en la Diputación de Pamplona se conserva un escrito de un ayuntamiento de su Cuenca en solicitud de una ayuda económica por haber visto asoladas sus cosechas por el pedrisco. Y que dice así: "Cuando los labradores de esta villa sonreían gozosos ante las perspectivas de una cosecha pródiga y abundante, Dios nuestro Señor permitió que en la aciaga tarde del día 25 descargase una tronada de granizo, tan terrible y maléfica, que en cuestión de pocos minutos destrozó las cosechas y frutos del término, sumiendo a este humilde y laborioso vecindario en la más espantosa desolación. El susodicho Dios y la susodicha tronada han creado una situación tan crítica que nos vemos precisados a recurrir a V.E. ..."

Pues en adelante, de esto, nada.

Otrosí digo.

No sé si ocurrirá lo mismo con los estilos típicos de otras manifestaciones culturales. Pongamos, entre otros ejemplos, la gastronomía. Lástima sería que se transformase en una redacción insípida lo que venía haciéndose mediante una expresión superlativa, ornamental y exuberante. Se hablaba del "inmortal plato de hortelanos" o de "carnes suntuosas y sombrías", como el gran plato "rotundo, heráldico, suntuoso, de venado a la austriaca", del "lento y majestuoso banquete", del vino "de color amarillo paja con destellos verdes y dorados, olfato equilibrado y gusto amplio y redondo, con suave paso de boca, prolongado y sin sombra de retrogustos peyorativos" y encima puede ser "de aroma sedoso y aterciopelado". Siento no haber guardado aquellos espléndidos artículos que Luis Antonio de Vega publicaba en el semanario *Domingo* allá por los años 50-60.

Seguramente el mejor representante del habla gastronómica es hoy Nestor Luján. Vamos a oirle en fragmentos de dos descripciones de las de chuparse los dedos, la paella y el salmón: "... se sirven los más delicados arroces. Y entre ellos, como es obligado en Valencia, aquel plato que Azorín llamaba 'la prepotente paella', copiosa versión del arroz a la valenciana de hoy. Porque la característica actual de la paella es precisamente su barroquismo, la osada complicidad de elementos que sólo los valencianos, o quienes de ellos han aprendido, saben combinar armónicamente. La vitalidad barroca de Valencia se define por su escandalosa, su insolente salud. El plato, ya lo he dicho en alguna ocasión, es de una petulancia luminosa, un puro desafío gastronómico desafiador, alegre, gargantuesco."

Y ahora algunas cosas que dice de la cocina del salmón: "Lo hemos catado cerca de Bonn, braseado al vino de Madera y acompañado con los nobilísimos mostos renanos, que ligan tan bien con este pescado apolíneo, valiente y bello, el más bello que existe, según asevera Lawrence Welle (...). Cocerlo en 'papillote' es un primor cuya suprema gracia reside en su emocionante, casi austera sencillez". O con distintas salsas, como "la magnífica salsa veneciana, suntuosa, casi tizianesca."

Otro grupo a considerar sería el deportivo; me parece que, como el taurino, también va acomodándose a la forma habitual de hablar. Al menos ahora no abundan aquellas crónicas, casi de "parte de guerra", que narraban, por ejemplo, las gestas ciclistas, con fantásticas cabalgadas en solitario, escaladas alucinantes, descensos a tumba abierta, sprints dramáticos, demarrajes asesinos, crueles desfallecimientos, ... "El pelotón está disparado y se reproducen incontables escaramuzas y escapadas, ... viene roto, cansado.

Abre la marcha un joven hispano. Le muerde los talones su seguidor más inmediato. Estaba escrito que en esta ruta marinera nuestros muchachos pondrían banderas de victoria ..." Como apostilla *La Codorniz,* "afortunadamente no se trataba más que de la etapa Cádiz-Fuengirola".

Algo, sin embargo, vuelve del revés estas observaciones, y lo pone en evidencia Lázaro Carreter, a quien habrá que citar siempre como maestro en cuantas consideraciones hagamos o hayamos hecho. Es en lo relativo a las transmisiones deportivas radiofónicas, en que se ha pasado de la mesura equilibrada de un Matías Prats, que "en un castellano irreprochable, tenazmente domesticado por el estudio y la reflexión contaba lo que veía", a la escuela de los locutores hispanoamericanos, "Píndaros hertzianos, héroes de la locuela, magos del énfasis". Y estampa, como modelo, la siguiente retransmisión hondureña, esperando que no se contagie aquí con tanta virulencia: "El punta de lanza baja la pelota con la testa, la mata con los pectorales, y luego la pone sobre el tapete verde, levanta la mirada y atisba a sus compañeros sobre el terreno de juego. Envía un pase magistral a su compañero del ala izquierda, y éste, con un misil de derecha, envía la de gajos al fondo de las redes, ¡y convierte un mostruoso gol! ¡Lo ha instalado en la victoria!"

Café para todos.

He aquí cómo, a través de distintas fuentes, literarias unas y otras no, como diarios, revistas o publicaciones varias, cuyas referencias he omitido por no fatigar al lector, nos parece advertir la existencia de diversas jergas especiales o familiares, con rasgos propios, dentro del lenguaje corriente, que caracterizan ciertas profesiones, grupos o manifestaciones populares y culturales. Se producía así una rica clasificación de nuestro sistema lingüístico.

Pero, al mismo tiempo, creemos observar también, y lo hemos dicho, una tendencia a eliminar estas diferencias y convertir las distintas hablas en un solo modelo, nuestro lenguaje ordinario: todas las hablas serían iguales y la clasificación se reduciría a una única clase y Cuesta la llamaría clasificación "gregaria". ¿También las matemáticas acabarán diciéndose en el mismo y único estilo?.

Yo no digo que esto sea bueno o malo: probablemente es más cómodo, como un idioma sin dialectos. Y es que cualquier originalidad, el salirse del hacer común, causa no pocos fastidios. Como así de fastidiosos podrían ser en su momento aquellos viejos profesores de fuerte personalidad y sorprendentes manías; pero yo he observado que, al cabo del tiempo,

cuando los estudiantes celebran por ejemplo sus bodas de plata, lo que queda de verdad y se recuerda con gran algazara es precisamente ese tipo de cosas. Ahora, en cambio, que parecemos todos, o casi todos, cortados por el mismo patrón, difícilmente dejaremos una impresión que no sea de tedio y monotonía.

No parece que esto tenga fácil arreglo pues, cada vez más, se tiende a esa nivelación, grisura e igualdad en todo. ¿Será conveniente? Quizás; no lo sé. Pero muchos espíritus vienen rebelándose contra ello y clamando por la originalidad de cada estilo: que no se pierdan las peculiaridades de cada uno, incluso las personales. De mis ya repetidamente recordados tiempos de estudiante, lo que cada uno conocemos por "mis tiempos", entresaco unos memorables ejercicios espirituales que, dirigidos por el padre Llanos, nos conmocionaron e hicieron un gran bien al centenar de muchachos que los seguíamos. Entre otras cosas criticaba acerbamente, e incluso con desdén, nuestra igualitaria mediocridad, el hecho de ser los universitarios, repetía, "todos iguales, tristemente iguales". No sé si sigue pensando del mismo modo ni si efectivamente tendemos en todo a eso, pero es bien cierto que así, en aras de una posible comodidad o sencillez, o tal vez por puro contagio mimético, el mundo se vuelve inmensamente descolorido, soso y aburrido.

Por ejemplo, hace un año informaba nuestra *Gaceta Complutense* de una exposición de fotografías sobre fiestas populares españolas: "... cada año que pasa se deja jirones de fiestas populares de honda raigambre cuya celebración y significado se pierde en la noche de los tiempos. Y esto es precisamente lo que C. quiere rescatar. Hace más de quince años que esta fotógrafa vocacional y profesional se dio cuenta de que las viejas costumbres que se practican en las fiestas populares se están perdiendo. A cada paso que nuestro país da en dirección a Europa, a la modernidad, a la era de la tecnificación y el progreso, deja enterrados tras de sí en multitud de pueblos y aldeas retazos de un pasado que por viejo y obsoleto las nuevas generaciones no quieren mantener."

Pero podríamos cogerlo desde más lejos. He aquí cómo interpreta Stendhal un cierto igualitarismo: "Por miedo a parecer dulces y armoniosos, es decir, en el fondo, por temor al ridículo que, en los pueblos 'ultra-civilizados', sigue fácilmente a toda 'originalidad', los coloristas franceses han acabado por pintarlo todo gris, hasta el verdor más bello".

Un cineasta notable por su ingenio, fino humor y suave burla de las costumbres sociales, Jacques Tati, dice a su vez: "Nuestro mundo se vuelve cada día más anónimo. Antes, el carnicero era un hombre que vestía un bonito delantal; hoy lleva una bata blanca, como los dentistas o los cirujanos. El mundo se está convirtiendo en una enorme clínica llena de enfermos mentales. Felizmente, existen los Hulot, los Marcel y todo un grupo de gentes sencillas que han sabido guardar su personalidad, su pintoresquismo y su humanidad."

Finalmente, y con mayor agresividad, Mújica Laínez denuncia en *Bomarzo:* "Venecia y los hombres de mi estirpe (...) habían contribuído a darle a ese mundo, a ese mundo que se iría volviendo, cuando creía volverse mejor, cada vez más uniformado y mediocre, un tono, una orgullosa grandeza, cuya falta lo privaría de una forma insustituíble de intensidad y de pasión. (...) Allí convivían las modas de un mundo que todavía no se había entregado a la vulgaridad repetida e imbécil de lo uniforme."

Es de temer que también el habla, las distintas hablas, y acaso el habla matemática, estén padeciendo tal transformación.

* ** * *

Sin duda nadie menos acreditado que yo para quejarme de ello. Precisamente he venido a convertir un discurso que tradicionalmente ha estado siempre investido de un determinado ornato y de una innegable altura conceptual y formal, es decir, construído en un habla muy concreta, en algo vano y frívolo, en una cháchara elemental que no ha excluído recurrir a veces a materiales burlescos y poco dignos quizá de esta ocasión. El marqués de Santillana diría a lo peor que he querido presentar a ustedes una composición "syn ningund orden, regla nin cuento", de ésas "de que las gentes de baxa e servil condiçion se alegran". Lejos de mí, es evidente, tamaña desconsideración ni vean tampoco la menor intención de faltar a la seriedad - que no es lo mismo que severidad - de este acto. Sólo he pretendido, y puesto que del habla hablamos, ser afable. Mas si, con ello, han llegado ustedes a alegrarse, si merced al gracejo - y a veces también al desacierto - de textos ajenos, la oración de un matemático ha logrado sorprendentemente entretenerles, ni extrememos el rigor ni regateemos la entrada en nuestra casa, aunque sea de tarde en tarde, de algunas gotas de ligereza, simplicidad y aun diversión. Salvador de Madariaga lo decía así: "Las castañuelas y las

matemáticas valen lo mismo a los ojos de Dios ... y aun cabe sospechar que la divina sabiduría se inclina del lado de las castañuelas.

He dicho